

La Esfera

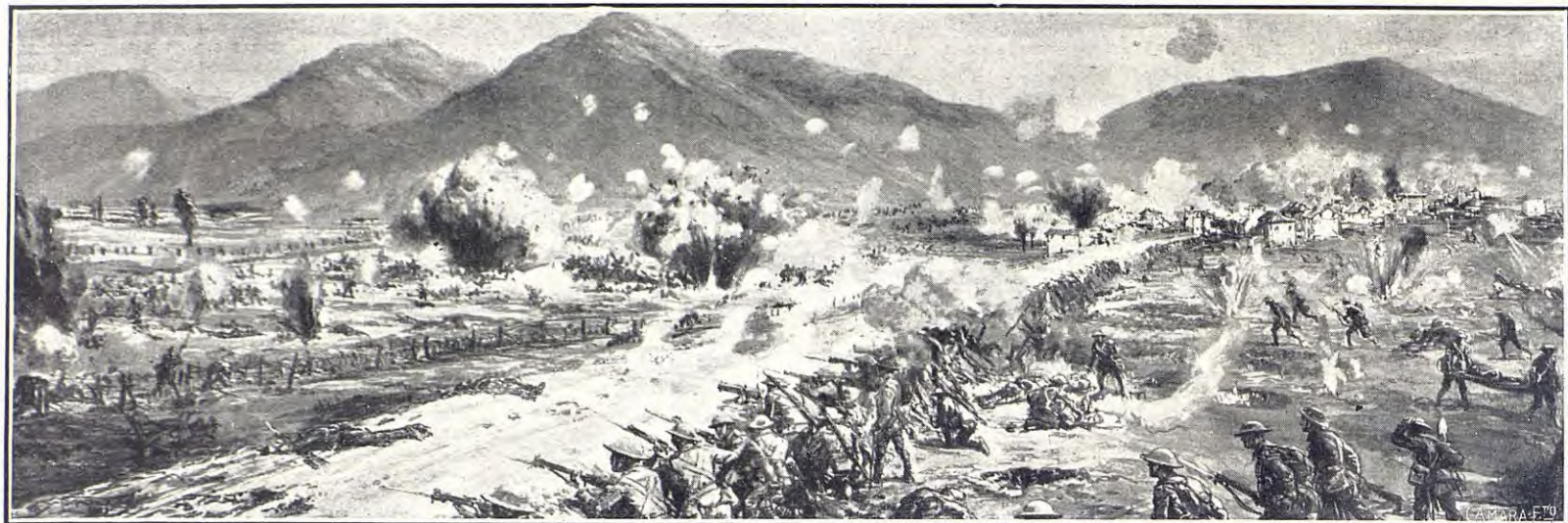
14 Abril 1917

Año IV.—Núm. 172

ILUSTRACION MUNDIAL



MUCHACHA SEVILLANA, cuadro de José María López Mezquita



Tropas francesas obligando al enemigo á desalojar uno de los pueblos de la región del Aisne, que habían ocupado

DIBUJO DE MACKHERSON

TODOS los grandes capitanes y tratadistas militares han estado conformes en sus escritos al aconsejar que nunca se cuente, para trazar un plan, con que el enemigo se equivoque y siga una conducta que favorezca los proyectos propios. Siempre debe creerse que el adversario procederá con arreglo á los buenos principios, y que se hará cargo del riesgo que para él representan los actos ejecutados.

Esta afirmación, que es aplicable á todas las fases de la vida, no es obstáculo, sin embargo, para que dos grandes maestros modernos, Napoleón y Moltke, analicen, al estudiar sus campañas personales, la influencia que tuvieron en sus triunfos las faltas cometidas por aquellos á quienes vencieron.

El gran emperador francés, con su estilo pretencioso y el alto aprecio que de sí mismo hacía, no se desdenó en confesar que sin los errores de otros no hubiera logrado algunas victorias.

El taciturno mariscal prusiano, con su prosa cortada é inimitable, tampoco ocultó la parte que tomaron los enemigos en sus éxitos, no sabiendo oponerse á las concepciones estratégicas que realizó gracias á esas faltas.

Imitando el ejemplo de ambos, nos parece oportuno examinar algunos hechos de esta campaña, desde ese punto de vista, aunque limitándonos á los que están bien comprobados en su desarrollo, en sus causas y en sus efectos.

□□□

Siguiendo el orden cronológico, aparecen primero el despliegue y la concentración del ejército francés dispuestos por el general Joffre sobre la frontera oriental sin tener completo conocimiento de dónde se hallaban las fuerzas alemanas.

Disponía el caudillo de la República de diez divisiones admirables, que estaban bien entrenadas en su difícil misión, y de numerosos aviadores prácticos en su oficio. Lanzar esos elementos á territorio enemigo para saber, á toda costa, dónde se efectuaba la concentración y cuáles eran las direcciones de los convoyes, antes de expedir las órdenes de marcha, era un deber elemental cuyo olvido tuvo sensibles consecuencias.

Merced á él, pudo el Estado Mayor germánico meter las densas columnas de sus tropas por el Luxemburgo y Bélgica, sorprendiendo á los reducidos efectivos del pequeño reino, que no se hallaban en condiciones de resistir semejante avalancha de soldados y piezas de todos los calibres.

Joffre vió así amenazado su flanco izquierdo y rebasadas las líneas de defensa construidas á costa de tantos sacrificios, no teniendo más solución que cambiar su plan en absoluto, y debiendo hacerlo entre las urgencias impuestas por circunstancias tan desfavorables.

Las causas de esa falta son bien claras; el deseo de atender, en primer término, á los anhelos del pueblo francés, que pedía la reconquista de Metz y de Strasburgo; pero la satisfacción de aquéllos exigía vencer, y el triunfo no se podía obtener no sabiendo dónde estaba el grueso de las fuerzas alemanas.

Las consecuencias fueron muy duras y nadie puede haberlas olvidado. Los generales del Kaiser batieron una á una las divisiones belgas; y del mismo modo fueron derrotando á las de Francia é Inglaterra, que tardíamente aparecieron en los campos de la industriosa y minúscula aliada, que aún tiene su suelo en manos del invasor, salvo un pedazo insignificante en que ondea su bandera cubierta de gloria por el heroísmo de sus hijos, como prenda de un rescate que no puede negarles la suprema Justicia.

Ellos no perdieron á su país; lo perdió Joffre con su voluntaria miopía; el Gobierno inglés con su egoísta é imprevisora tardanza.

La primera victoria alemana fué alcanzada por este error de franceses y britanos.

□□□

La segunda equivocación es cometida por los rusos al invadir la provincia de la Prusia oriental por la difícil comarca de los lagos masurianos.

Polonia constituía un saliente del imperio moscovita, muy favorable para una ofensiva enérgica sobre Posnania y Silesia, sin que fuese obstáculo para tomarla el estar envuelta al Norte por la citada provincia prusiana, y al Sur por la austriaca de Galitzia.

La construcción del campo atrincherado de Novo Georgieski comprueba la idea anterior. Su sola existencia obligó á los caudillos germanos á mantener su núcleo principal frente á la línea del Vístula esperando allí el ataque.

Aquéllos se encontraron agradablemente sorprendidos al no recibirlo, y llevando sus tropas al punto amenazado, lograron la victoria de Tannenberg, que reveló al mundo el genio de Hindenburg al par que la escasa eficacia de las enormes fuerzas rusas.

En esas ventajas se apoyó después la gran ofensiva austro-alemana del otoño de 1915; y á pesar de haber perdido los austriacos toda la Galitzia, Mackensen la recuperó victorioso mientras su jefe tocaba las orillas del Duna y dejaba el Bug á su espalda.

Todo porque el gran duque Nicolás se dejó ganar la mano por sus diligentes rivales, teniendo efectivos sobrados para acometerlos en su punto débil, que era la frontera polaca, sin abandonar el apoyo de sus flancos contra operaciones ensayadas desde Prusia Oriental ó Galitzia.

Una intentó el Archiduque Federico y tuvo un término desastroso.

Vengamos ahora á la invasión de Servia, desastre que pudo ser evitado reforzando á tiempo con hombres y material á sus bravos defensores.

Los Imperios centrales necesitaban apoderarse del camino á Oriente. El encono de Bulgaria les permitió contar con un auxilio valioso por su calidad y su situación; la reciente derrota de los rusos les ofreció el momento favorable para sus planes.

Abrumadas las escasas tropas del Rey Pedro por una artillería superior, fueron expulsadas de su territorio, viniendo á sumar sus tristezas con belgas y montenegrinos. Esto debió precaverse, y al no hacerlo, se concedió á Alemania y á Austria una ventaja enorme, que pareció insuperable en aquellos días, aunque luego lo fué por el vencimiento de los rumanos.

Además, se demostró ante el mundo que la Múltiple Entente no podía sostener á sus aliados, disponiendo del dominio del mar, de fuerzas numerosas y de incontables barcos para transportarlas.

□□□

Urgía remendar un descosido tan escandaloso, y la diplomacia británica se dedicó al cultivo de las ambiciones rumanas. Estas cedieron, al fin, ignoramos á qué precio, y el Gabinete de Bucarest declaró la guerra á los austriacos.

Todos apreciaron su intervención como aplastante y decisiva. Quinientos mil soldados pasarían el Danubio, entrando en Bulgaria cual tromba arrolladora. Sarrail se daría la mano con ellos y la conquista de Mackensen quedaría deshecha cual frágil figura de barro.

En vez de esto, Averésoo invade Transilvania por cinco caminos diferentes y distantes, dando al Alto Mando de sus rivales una nueva y agradable sorpresa. Le dejan seguir y comprometerse á fondo, tapan el boquete de la Dobrudja para evitar una rectificación de conducta salvadora; y reconcentran de un modo maravilloso cuerpos de ejército y material en la comarca invadida, dando dos batallas decisivas que destrozan la flor de las tropas rumanas.

El espectáculo resultó tan deprimente, que ni aun los rusos quedaron en condiciones de evitar las consecuencias de aquella serie de torpezas.

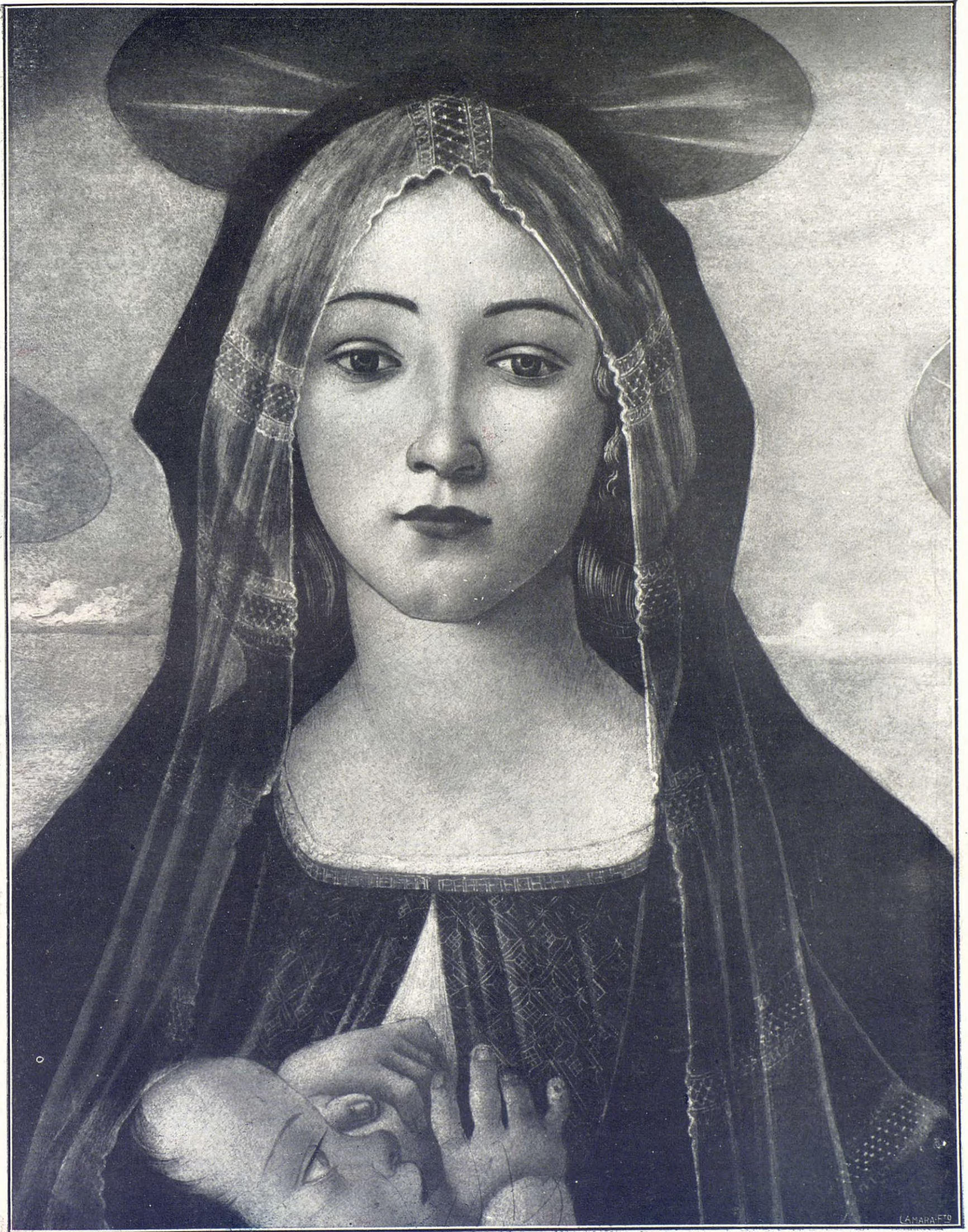
Rumania perdió toda la Valaquia, y debió sumar los restos de sus maltratadas fuerzas á la extrema izquierda rusa para que el invasor no siguiese su marcha triunfal.

Ni aun el más optimista de los oficiales que intervinieron en la confección del plan contra Rumania, pudo soñar con un éxito tan completo, que superaba con creces á todos los obtenidos.

JOSÉ HEVIA

LA ESFERA

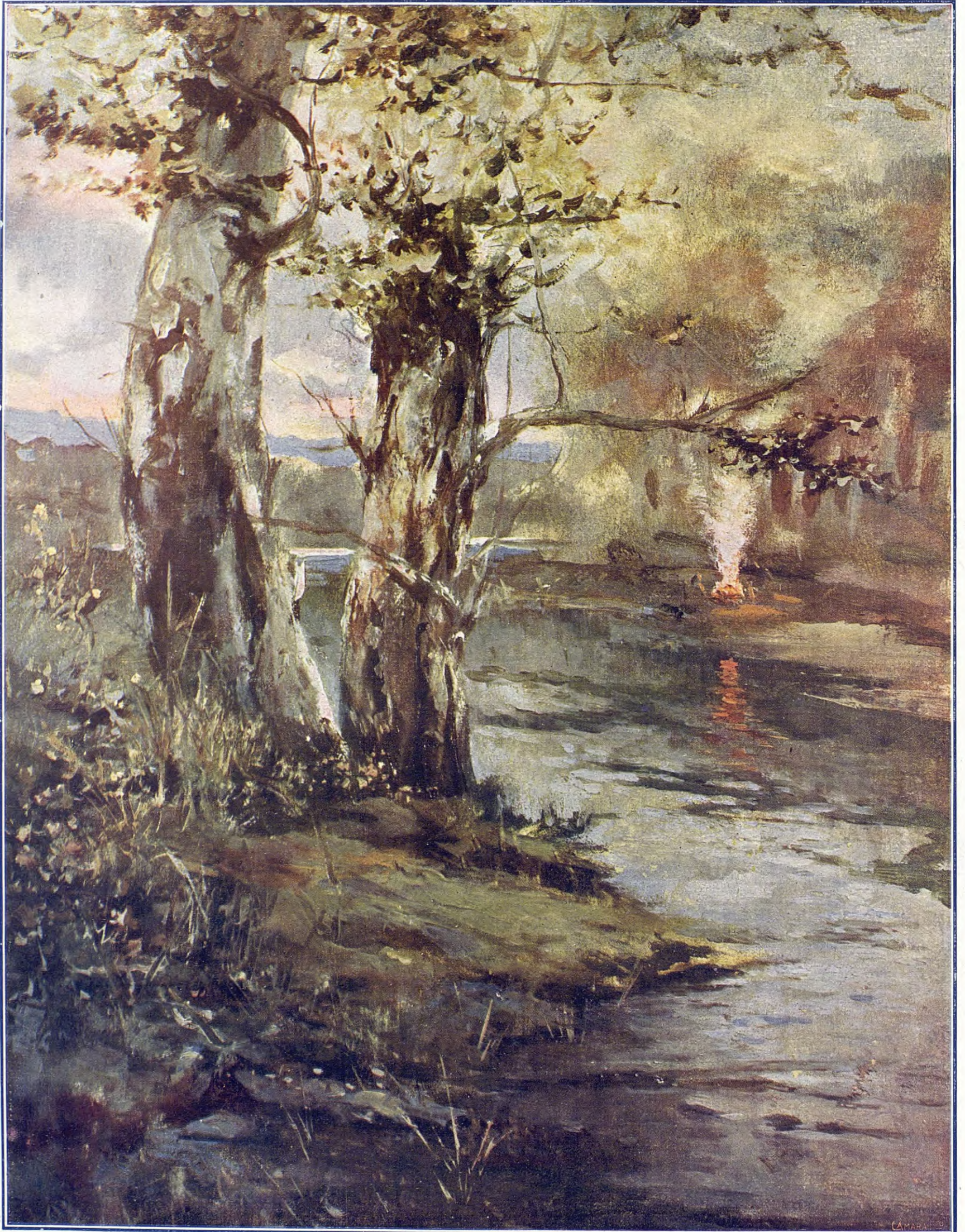
LAS JOYAS DE LA PINTURA



Fragmento del cuadro "La Madonna", de Botticelli, existente en la National Gallery, de Londres.

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



PAISAJE MALAGUEÑO, cuadro de Federico Bermúdez Gil

POR DEVOCIÓN É HIDALGUÍA

(ROMANCE)



Es día de penitencia,
tarde de recogimiento
en que las almas cristianas
están turbadas de duelo,
porque á las tres de la tarde
(hora de augusto recuerdo)
en una cruz, por los hombres,
expiró el Rey de los Cielos.

La lonja de San Martín
hierva en devotos, sedientos
de la palabra divina
que ha de traer á comento
aquel instante sublime.
Diz que un padre misionero
de muy notable elocuencia
glosará el trance supremo ..

La espumilla de la Corte
se ha dado cita en el templo,
y tal está á media tarde,
de la puerta al presbiterio,
que si un alfiler cayera
no tocaría en el suelo.

Las gradillas de la lonja
sube apriesa un caballero
que recela que ha de hallar
todos los sitios cubierto.

La encomienda de Santiago
lleva bordada en el pecho;
cuantos le ven se descubren
con muestras de gran respeto,
y le hacen lado, porque es
Don Francisco de Quevedo.

Ya el sermón es empezado
cuando traspone del templo
los umbrales. Busca un sitio.
No lo encuentra, y se está quedo
junto á un galán y una dama
que piensa que son martelo.
Mal el sitio le acomoda,
que trae devotos deseos,
y ha de quitarle ocasión
el rapacillo de Venus.

Comienza la santa plática,
y la voz del misionero,
como luz consoladora,
se difunde por el templo.
Más el galán importuno
dándola del indiscreto
quita la devoción de
Don Francisco de Quevedo.

Enojado el gran poeta,
la luz de sus espejuelos
lanza hacia entrambos y advierte
que es solamente el mancebo
quien habla, la dama no hace
más de sufrirle en silencio.
Viendo el tal que las palabras
son débiles argumentos
para lograr sus propósitos,
fía á la mano el asedio
y osado toma la diestra
de la dama, quien ardiendo
en rencores sin ser dueña
del alcance de sus hechos,
bravía, cruza la cara
del cínico caballero.



Es el hombre vengativo
á más de ruín y de necio
y vuelve en la misma forma
el agravio, pero aquesto
no puede sufrirlo ya
Don Francisco de Quevedo.
Ase al galán reciamente
por la capa, y «Venga presto—
le dice—, señor rufián,
que quiero en vos á igual tiempo
castigar la cobardía
y vengar el sacrilegio...

Salen, y en la lonja mesma
que es antesala del templo,
el pleito de su venganza
remiten á los aceros
con notable bizarría
(que entrambos son más que diestros),
pero al fin tírase á fondo
Don Francisco de Quevedo,
y hasta la cruz, el estoque
le hunde al rival en el pecho...

LAS MARAVILLAS DE LA CATEDRAL DE BURGOS



Hermoso trasagrario, esculpido en mármol por Felipe de Borgoña, y existente en la Catedral de Burgos

FOT. VADILLO



ARABESCOS

EL KIOSCO ENCANTADO

A la que vigila su sueño.

Hay un kiosco oculto bajo esos
cipreses que á la Luna se han dormido,
que hace soñar con músicas de nido,
temblor de manos y embriaguez de besos!

Para formarlo, yo no sé qué espesos
ramajes las tinieblas han tejido,
que nadie contemplar ha conseguido
los sueños que en su fondo guarda presos!

¡Doy á entrar, pero inmóvil á la puerta
te miro, ¡oh, sombra de una dicha muerta
que en imposible mi ilusión conviertes!...

Tu dedo un gesto de silencio ensaya,
como diciendo á mi esperanza: — ¡Calla!...
Nuestro amor duerme aún... ¡No le despiertes!

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EL JOYEL DE RUBÍES

Para la que lo ostenta en su pecho.

Muerta cayó, como quien cumple un rito,
sobre el blanco silencio de las losas,
bajo las castidades olorosas
de un jazminero blanco de infinito.

Amar á un rubio amor fué su delito
y buscaple, en las noches silenciosas,
para unir sus jazmines con sus rosas
en guirnaldas de besos... Sin un grito

se evaporó su humana primavera!...
Su inmóvil desnudez más blanca era
que el mármol, los jazmines y la Luna!...

Tan solo entre los senos relucía
el áureo pomo del puñal, cual una
joga de ensangrentada pedrería!

Francisco VILLAESPESA

ARTISTAS CONTEMPORANEOS
EL CARICATURISTA "APA"

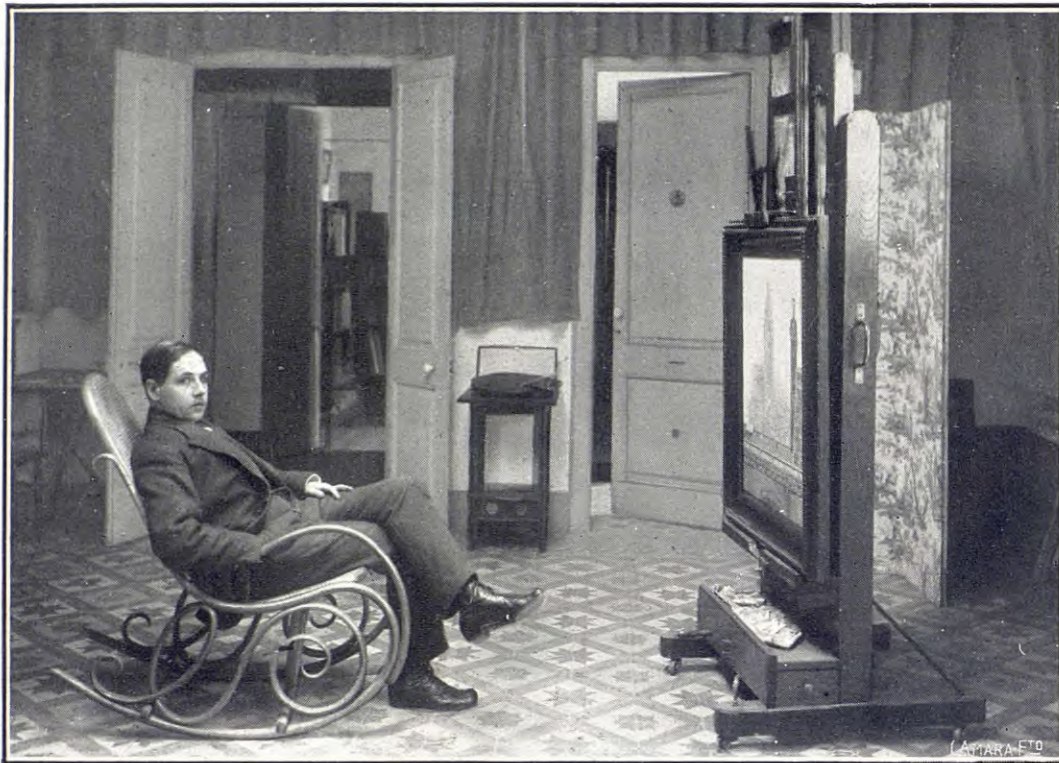
VARIAS veces, con diversos motivos de actualidad artística, he citado en estas páginas el seudónimo *Apa* que, en su brevedad eufónica, tiene simbólico y gallardo significado de optimismo.

Porque *Apa*, si no el primero de todos los humoristas españoles, me parece uno de los más positivamente dotados de excepción y de supremacía. Se destaca con altura y relieve harto definidos para ser ignorados. Y, sin embargo, fuera de Cataluña, de Barcelona mejor dicho, *Apa* es casi desconocido en España.

No me atrevo a decir que este desconocimiento sea del todo injusto. El propio artista es, en parte, culpable, ya que todavía se obstina en equivocadas testarudeces regionalistas, en catalanismos un poco suicidas. Todavía cree—con esa ingenua sencillez nativa que conserva en el fondo de su espíritu depuradísimo y culto—que Madrid y los madrileños somos lo que á otros catalanes, menos puros de conciencia, menos responsables de cerebralidad que *Apa* les conviene decir, contra toda lógica, toda realidad y toda ejemplaridad de los hechos y de las ideas.

No obstante, *Apa* estaría en cierto modo autorizado á desentenderse un poco de los pequeños triunfos nacionales. Dentro de España empuja á su vida con los esfuerzos supremos que aquí exige toda profesión liberal que no sea la torería, el cupletismo ó la política. Al otro lado de los horizontes sus triunfos son más sólidos y halagadores. Se repite el triste episodio de tantos otros artistas españoles cuya reputación nos llega impuesta por Francia, por Alemania, por Inglaterra...

Apa acaba de obtener en París un gran éxito con sus dibujos satíricos. Invitado oficialmente por el Subsecretario de Bellas Artes, celebró una exposición de las cari-



Félix Elías "Apa", en su estudio de Barcelona

FOT. SERRA

caturas francófilas publicadas en el semanario barcelonés *Iberia*. Todas las caricaturas se vendieron á altos precios; la crítica francesa no escatimó los elogios. Grand Carteret, la autoridad suprema en la historia de la caricatura, ha puesto prólogo á la lujosa edición de estos dibujos titulada *Kameraden* y que acaba de ponerse á la venta en España y en los países aliados.

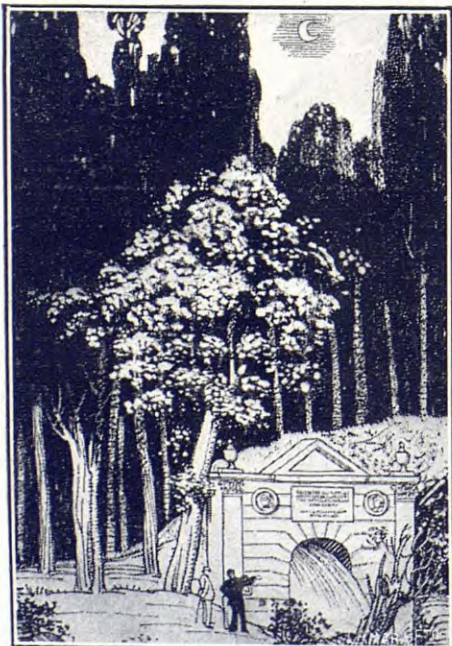
Si *Apa*, que es mucho más artista y mucho más dibujante que Luis Raemaekers, tuviera además otras condiciones de «hombre práctico» que posee el humorista holandés, quedaría consagrado definitivamente en toda Europa.

del que van surgiendo las bíblicas figuras de Jesús, de María, de los Apóstoles sobre fondos fuliginosos y atormentados...

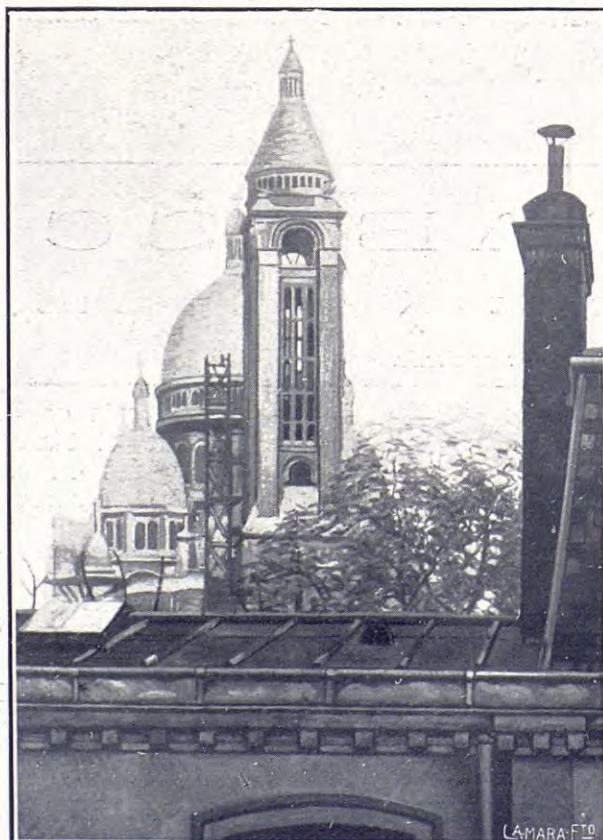
Y en un estudio humilde, de paredes desnudas en que la modestia del artista le obligó á ocultarse contra ellas los cuadros que va realizando lentamente en el silencio y la soledad de su casa de la calle de Clarís, lejos de las greguerías céntricas, lejos de las redacciones bullangueras y parlanchinas de los semanarios satíricos.

ooo

Apa se llama Félix Elías Bracons. Bordea la cuarentena y hace más de veinte años que empezó á dibujar. Su mocedad ardía entonces en los leños ígneos del catalanismo, enfurecido por el *Cu-cut* y las desdichadas afirmaciones de Robert y aventados por un aire espeso, enrarecido por las estrofas de *El segadors*. Así, pues, los comienzos artísticos de *Apa* hay que buscarlos, á pesar nuestro, en las páginas



"El salto de agua", dibujo de "Apa"



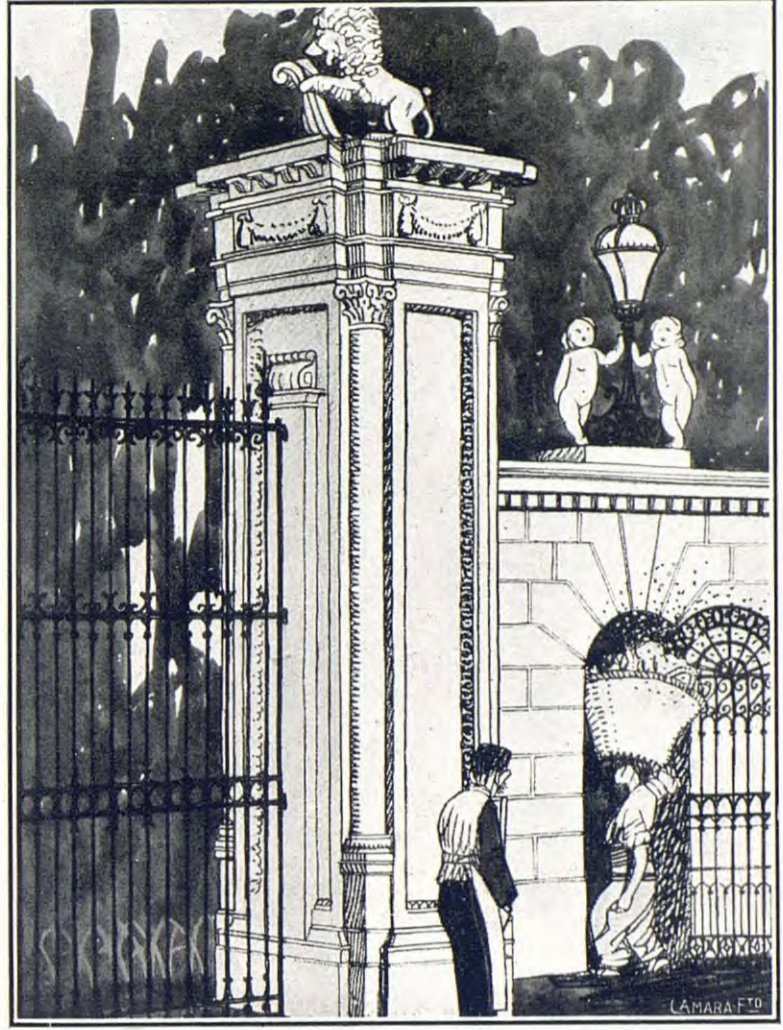
"Mañana fría en Montmartre", cuadro al óleo



"Tarde de domingo", dibujo de "Apa"



Paisaje para turistas



La fruta para los señores

(Dibujos de «Apa»)

antiespañolas del *Cu-cut*. No tiene, sin embargo, que reprocharse el artista caricaturas que ahora le abochornan. Su ingenio tenía límites de nobleza y de serenidad que no traspasó nunca. Prefería entonces las caricaturas regocijadas, burlescas, de una alegría sana y antibiliosa.

Marcó, además, las nuevas orientaciones de la caricatura catalana actual. Todos los admirables humoristas catalanes de hoy se han formado en el estilo simplificador, en la estilización sabia y en el ingenio agudo de *Apa*. Antes de él los caricaturistas eran toscos, aburguesados, incorrectos, ignorantes de la significación decorativa que debe tener el dibujo humorístico y la ilustración editorial.

Cuando el *Cu-cut* dejó de publicarse por disposición gubernativa, *Apa* ya no dibujaba en el desagradable semanario. Había fundado *Papitu*.

La primera época de *Papitu* ha sido la mejor, la más admirable del semanario tan popular hoy, gracias a concesiones lamentables en favor de ciertas sucias complacencias eróticas del pueblo bajo, de viejos libidinosos y muchacuelos impacientes de la salacidad.

Papitu, dirigido por *Apa*, fué modelo de revistas satíricas. Podía contemplar, sin desventaja para su texto y sus dibujos, a los grandes semanarios del mundo humorístico: *Simplicissimus*, *Pasquino*, *Le Rire*, *Punch*, *Gedeón*—el *Gedeón*, ¡ay!, de otro tiempo—. Era gracioso sin grosería; atrevido sin procazidad; agresivo sin ofensa; desenvuelto sin plebeyo desgarro. Y, sobre todo, orientado en un sentido idealista, liberal y rebelde que obligó a su director a refugiarse en Francia y a su propietario a ceder la propiedad en otras manos que, poco a poco, le ha transformado en lo que hoy es...

Francia ratificó al admirable dibujante en muchas convicciones íntimas y amplificó bastante su trayectoria espiritual y estética. Las modernas tendencias de la pintura contemporánea le inquietaron sobremanera. Sin abandonar los lápices y los tarretes de aguada del dibujante, cogió los pinceles del pintor. En esta época de su destierro en París hallamos

los antecedentes del arte serio de *Apa*. (Y decimos serio por un exceso de condescendencia a los engañados que niñgan «seriedad» al dibujo satírico.)

Las sombras augustas de los impresionistas y de los post-impresionistas surgen al comentar con su técnica las técnicas de estos maestros. Desdén los asuntos para deleitarse solamente en la expresión del alma y en la belleza de las gamas. Pinta bodegones, naturalezas muertas. Sencillez, ponderación, armonía, sensibilidad, son los cauces por donde su pintura va con la calma serena y fecunda de un río entre márgenes floridas, hacia el mar universal y bajo el sol...

Trata el color a la manera oleosa y reconcentrada del malogrado Isidro Nonell, que tan decisiva y profunda influencia ejerce en la pintura catalana contemporánea, y hallamos en él las masas densas de Delacroix, el simplicismo de Cézanne... Aparece despojado de toda teatralidad, de todo efectismo compositivo. Es, en cambio, íntimo, apasionado y conmovedor en *El Calvario*.

Al mismo tiempo que así depura su arte, depura su intelectualidad. No limita al lenguaje plástico la eclosión emotiva que sentía ávida de manifestarse en él, sino que frecuenta bibliotecas, aumenta sus conocimientos literarios y críticos.

De este modo, constituido y fortalecido para un apostolado estético, *Apa* regresa a Barcelona. Hace exposiciones, funda *Revista Nova*, precursora de *Vell i nou* en la exaltación de las modernas escuelas artísticas, y publica críticas de arte en *La Publicidad*.

Por último, cuando llega el momento de afiliarse en uno de los dos bandos que—bélica ó platónicamente—dividen ahora a la Humanidad, *Apa* no vaciló en poner todo su talento y toda su sabiduría técnica en esos dibujos nobles, efusivos, acusadores y viriles que publica gratuitamente *Iberia*, como si fuera un legionario catalán más de los que luchan por el triunfo de la libertad.



—¡Veinte duros me cobró aquel bribón de médico por analizarme la sangre!
—¡Canario!
—Y lo que más siento es que encima de pagar todo ese dinero, luego resultó que no tenía nada...

(Dibujo de «Apa»)

SILVIO LAGO

CUENTOS ESPAÑOLES
MARIETA ES FORMAL



REPENTINAMENTE, Marieta abandonó el teatro. Verdad es que el teatro donde trabajaba como partiquina, cerró sus puertas porque el calor apretaba y la gente había huído de Madrid.

Pero tal circunstancia no resta grandeza al gesto de la hermosa. Marieta, antes de este momento, había sido siempre el genio de la frivolidad y de la inquietud. No se tomó nunca el inútil trabajo de estudiar la vida ni creyó que hubiese un motivo bastante poderoso para un disgusto duradero. No vivía: resbalaba. Y más que en sus ojos pintados y en la frescura de su boca infantil, su atractivo estaba en esa deliciosa inconsciencia. Sin embargo, Marieta tiene, repentinamente, alguna honda reflexión que extraña como si alguien que no fuese ella hablase desde lo íntimo de su ser menudo y perezoso. Seguramente, era la semilla de su seriedad que

pugnaba por desarrollarse. Ahora, Marieta es formal.

Ocurrió el milagro de una manera inesperada, y su agente fue Rafael, Rafael Beltrán, aquel empleado de Hacienda, tímido y silencioso, que había cegado de amor por la figurante. Desde que fue presentado a ella, no cesó de seguirla, —siempre con una expresión de sufrimiento resignado, siempre sumiso—, ni tan de cerca que la molestase ni tan de lejos que pudiese Marieta olvidarse de él. Cuando a Marieta se le murió aquel perrillo peludo y microscópico que era su tirano, Rafael Beltrán le envió muy seriamente una carta de pésame. Cuando, en el estreno de *Los caprichos de Venus*, el público se ensañó pateando, precisamente en una escena en que intervenía su adorada, Rafael puesto de pie aplaudió con tanto ardor que no bastaron a aplacarle los puñetazos de sus vecinos de buta-

ca. Rafael era un infeliz. Marieta guardaba para él una consideración afectuosa, y, cierta vez, defendió el derecho que asistía al pobre Beltrán para usar un sombrero hongo color café con leche.

Por cierto que esta actitud de Marieta fue abundantemente comentada por sus compañeras de telón adentro. Pero las afirmaciones que se dedujeron de tal defensa, eran injustas. Por aquel entonces, Rafael Beltrán no había logrado aún apoderarse del amor de la partiquina.

Cuando esto ocurrió fue el mismo día en que se cerró el teatro, precisamente el mismo en que Perico Ibarra se marchó a pasar el estío a tierras del Norte, rompiendo con Marieta tan bruscamente, tan sin un adiós ni un regalo, que si la adorable abandonada no supiese que había marchado con él Mimí, la primera tiple, no podría explicarse nunca el suceso. Seguramente,

esta traición de la amiga y este desapego del amante, hicieron surgir en ella la propensión al renunciamento. Una mujer que queda sin escaparate y sin billetes, en el rigor de la canícula, está siempre inclinada al claustro. Marieta contó sus pesares á Rafael.

—Ahora me marcharé á mi pueblo. Alquilaré una casita en el campo y criaré ovejitas.

—¿Hará usted eso, Marieta?

—¡Oh—afirmó ella—ya lo creo que lo haré!... Mañana mismo tengo que comprar un sombrero «pastora», con unas amapolas alrededor...

Rafael, convencido, comenzó á hablar. ¿Porqué marcharse?... Podía seguir en Madrid. Ella se aburría porque no había tenido jamás á su lado un cariño seguro, nacido en el corazón, fuerte hasta el sacrificio, tierno, hondo, inmovible... ¿Sabía ella lo que era el calor de una casa propia, de un hogar?... En la sencillez, en los naturales afectos de una convivencia familiar era donde debía surgir el esméctico para su alma. En el fondo de esta frivolidad en que vivía no había más que frío y soledad. ¡Si ella quisiese oírle!...

Y ella le oyó. Rafael insinuaba torpemente un concepto, y ella lo desarrollaba después clamorosamente, batiendo palmas. ¡Qué gozo!... ¡He aquí que había descubierto lo que necesitaba!... Un hogar, calor de hogar... ¡Naturalmente!... ¡Y decir que se estaba aburriendo tanto sin haber acertado la solución!...

Y entonces, ya sin dejar hablar á su enamorado, Marieta confesó, con los ojos bajos, arrancando hilos de su bolso, que sí... que estaba segura de querer á Beltrán...; que ella era una mujer muy de su casa, pero que nadie había sabido comprenderla... Fundarían un hogar. Pero enseguida, desde el día siguiente. Ella sería la administradora cauta, la mujer formal y amantísima, toda sencillez... ¡Si también pudiesen tener desde el día siguiente un hijo al que dormir en sus brazos, cantándole con su voz de tiple ligera!...

ooo

¡Oh... la sorpresa del agente de teatros en aquella visita á Marieta!... Iba á proponerle una contrata y, en el gabinetito coquetón pudo ver á la joven acariciando con sus dedos blanquíssimos las plumas de un sombrero. Ella tuvo un grave gesto de preocupación que la hizo fruncir ligeramente los labios infantiles. Para saludar, abandonó el sombrero sobre una silla.

—Trabajando; ya ve...

—¿Trabajando, Marieta?

—Trabajando.

Hizo más grave su gesto y suspiró:

—¡Qué remedio, qué remedio!... Se me ha roto una de estas plumas y la he atado con un alambre de la luz eléctrica.

Los hilos de cobre estaban, en efecto, grotescamente enrollados á la pluma torcida. Mostrando su obra, añadió, triunfal:

—Para que digan que una no es mañosa...

—¡Oh, Marieta—comentó sonriendo el visitante—¿qué drama es este de tu trabajo?...

Y ella, encantada de poder ofrecerse como mujercita formal, como víctima de las rudezas y contrariedades de la vida, se acomodó para narrar su tragedia. Se fué á sentar en una silla próxima, sobre su propio sombrero; después, sin cesar en la charla, lo arrancó de bajo sus carnes tentadoras y lo arrojó, sin mirarlo, á un rincón, abollado é informe. La pobre prenda ha-

bía perdido toda su importancia ante el suceso sentimental que refería:

—Pues estoy enamorada...

—¡Marieta!

Hizo un ademán. De ahí no podía rebajar ni el canto de una de sus uñas pulimentadas. Era presa de una pasión. Pero su adorado no era precisamente Pierpont Morgan. Tenían que reducirse á vivir con modestia...

—¡Ya ve... treinta duros mensuales!...

—¿Y vives, Marieta?...

Imitó el mohín de una persona estoicamente decidida al sacrificio.

—Sí, señor, viviría; y pasaría así lo que le quedase de aliento, manejando sus treinta duros como la mujer de un empleado ó de un hortera. Llevaba dos días así, de nueva vida, y estaba encantada...



—¡Y yo—habló el agente—que venía á ofrecerte trabajo para San Sebastián!...

Extendió sus manos para rechazar la visión horrible.

—¡Jamás, amigo mío!... El teatro ha muerto para mí.

—¡Oh, Marieta..., en verdad, estás hecha una santa!...

—¿Verdad que sí?

Se creyó en el caso de suspirar:

—Pues así puedo seguir toda la vida. ¡Si no fuese por este calor!... ¡Tener que pasar el mes de Agosto en Madrid!...

—¡Gran sacrificio; gran sacrificio!...

Ella meditó un poco:

—¡Cuando una se enamora!...

ooo

Aquel mismo día Rafael Beltrán le había hecho entrega de los treinta duros de su sueldo. Los recibió casi con unción. Llena de un fervo-

roso entusiasmo por la vida de humildad, después de oír los consejos saludables del amado, comenzó á hacer sus presupuestos y á planear la existencia futura. Todo le sonrió en su imaginación. Por la noche, al llegar Rafael, recibiólo con palmas. ¡Ya vería él qué encanto de mujercita!... En el comedor estaba dispuesta la mesa. Comieron un manjar, otro manjar... Langostinos, codornices; una botella de champaña se helaba en una vasija... Era preciso celebrar su unión y tratar bien al que había de ser como su maridito...

Y mientras cenaban, fué contando... Había arrinconado sus vestidos lujosos y comprado dos trajes modestitos y un mantón de fleco... Aquello era heroico. Pero, naturalmente, era preciso atenerse á su posición, y con treinta duros al mes no se avenía un traje de seda. Después, para tener que hacer, había roto—aunque ésto no lo confesase—la pluma de uno de sus sombreros y había pasado la tarde componiéndola. Rafael rió ante aquellos alambritos de cobre, lleno de felicidad y de esperanza.

Pero pasó una nubecilla.

Fué al día siguiente de esta escena cuando la redimida descubrió que en sus cajones no había ni un real. Los treinta duros habían sido gastados. ¿En qué?... Comenzó á echar cuentas: el champaña, la comida abundante, el mantón, diez duros de azúcar y de aceite y de café y de arroz y, en fin, de géneros que había acumulado para el consumo mensual, arbitrariamente, «porque así se ahorra»... Ella no recordó de una manera escrupulosa todas las partidas, pero la conclusión era categórica: no había ni un real.

Entonces se pintó las ojeras y aguardó á su amante. Cuando se oyó en la puerta el alegre repiqueo de Rafael, salió ella misma á abrirle, con aire lento, con una traza de desolación que ella había aprendido en algún teatro ó en alguna novela. Dejóse besar; clavó en él sus ojos llenos de resignada melancolía y murmuró:

—Hoy no tenemos qué comer...

Le hubiese gustado que él respondiese alegremente:

—Comeré tus besos.

Pero Beltrán hizo una mueca de susto y se quedó como quien no acaba de comprender toda la inmensidad de su desgracia. Entonces ella añadió:

—¡Hay que hacerse á todo!... Figúrate: treinta duros... ¡total!...

—Pero... ¡en un día!...

Y ella, remedando lo oído á las madres de sus compañeras de teatro:

—¡Hay, hijo, una casa... no sabes lo que es una casa... Una casa tiene muchos gastos...

El enamorado se dejó caer en un sofá, desfallecido. Marieta, sin abandonar su aire melancólico, se puso á limpiar el polvo del piano con la manga de su blusa de seda...

ooo

Pasado un día, Marieta firmó su contrata para San Sebastián. ¡Deliciosa Marieta!... En el invierno, cuando la volvamos á encontrar envuelta en pieles, hablará de aquellos tiempos en que fué formal y regentó su casa, como si hubiese sido durante nueve años madre y cuidadora de una numerosa familia...

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

DIDUJOS DE PENAGOS

CAMPANAS...



*Campanas vocingleras
que con la luz del alba lleváis vuestros clamores
por los campos dormidos y las anchas riberas...
Cantad, y vuestras lenguas de voces mañaneras
sean igual que un himno de versos triunfadores.*

*Ya la tierra se ofrece florida y generosa
lo mismo que una novia con deseos de esposa
que acaricia el misterio de unas noches triunfales
y presiente que llega la mano temblorosa
que desgarre los hilos de sus velos nupciales.*

*Campanas bulliciosas,
campanas cantarinas
de las macizas torres soberbias y orgullosas
donde hacen sus milagros las cruces misteriosas
y su nido de amores tejen las golondrinas.*

*El sol de España brilla
con vivas lumbraradas
en los cálidos surcos de la vieja Castilla
y fecunda en sus recias entrañas fecundadas
los misteriosos granos de la nueva semilla.*

*Armoniosas campanas
que formáis en los aires el alegre concierto
de universales voces y cadencias cristianas,
que llama al transparente cristal de mis ventanas
y extremece los rubios rosales de mi huerto.*

*Mayo galán se acerca con sus dardos crueles,
los ojos todos risas, la boca toda mieles;
hay un rumor lejano de coplas y vihuelas,
el amor va de ronda, ya se abren las cancelas
y la calle es un triunfo de rosas y claveles.*

*Campanas campesinas,
campanas ciudadanas,
campanas cristalinas
que alegráis las floridas riberas levantinas
y cantáis en el cielo de Castilla... Campanas...*

*Suenan con recio estruendo bombardas y cañones
y al ritmo majestuoso de músicas triunfales
se enlazan las estrofas de místicas canciones,
la luz radiante besa banderas y pendones
y arranca haces de chispas á las capas pluviales.*

*Porque habláis desde arriba,
campo de luz eterna, milagrosa y dorada
que arde como una llama de amor, radiante y viva,
vuestro son es acento que á las almas cautiva,
vuestra voz es piadosa, vuestra risa es sagrada.*

*Y son los días magos de la maja graciosa
que baja al Manzanares gentil y pinturera
tocada con la blanca mantilla misteriosa
sobre la alta peineta... La leyenda gloriosa
de la España chispera.*

*Tenéis en vuestros bronce la palabra de amor
que es inmortal reguero de luz del Redentor
y vibra en los espacios con ecos inmortales,
abre las celosías con sus ritmos triunfales,
es temblor en la palma y es perfume en la flor.*

*Campanas cristalinas
que alegráis las floridas riberas levantinas
y llenáis de rumores las tierras castellanas...
Cantad como un ruidoso tropel de golondrinas,
campanas ciudadanas,
campanas campesinas,
voces de paz, palabras de redención... Campanas...*

*La divina palabra que es blasón y divisa
de Paz, la que ilumina la altura solitaria
y es, al besar la tierra como llama indecisa,
en los labios sonrisa
y en los pechos plegaría.*

José MONTERO

DIBUJO DE MARÍN

MUJERES MODERNAS

LAS RUSAS

QUÉ se sabe en Europa de las mujeres rusas? Que en Niza, en Montecarlo, en Interlaken, en Mariembad, en Saint Moritz, en Biarritz, deslumbran por sus pieles y sus joyas, recordándonos á la Ana Karenin, de Tolstoi.

Fuera de esto y de algunas bailarinas, en Europa no se conoce á la mujer rusa.

Tres tipos de mujeres rusas están en juego: las grandes duquesas, como Ana Karenin; las bailarinas, incorporadas al cosmopolitismo galante, y las nihilistas, intelectualizadas y fanatizadas por una salvadora misión social.

Aún no hace medio siglo, los escritores rusos, ó eran grandes señores, *dilettanti* de un byronismo distinguido y escéptico, ó eran furiosos *ruralistas*, de un ruralismo petrolero y desgarrado. Exceptuando á Juan Turguenef, cuyo genio fuerte y sutil se remontaba, como un águila sobre las preceptivas y las modas, los demás, incluyendo al agrio y dolorido Dostoyuski, no conocieron más que los dos polos: ó el aristocrático ó el plebeyo.

La mujer, para Gontcharoff—el Flaubert ruso—, para Pomialusky, para Rechnikoff, para todos los anteriores á Tolstoi, ó es una gran duquesa frívola, sensual y sin entrañas, ó es una pobre aldeana, sumisa, escarncida y tratada como una bestia.

Cuando leemos páginas del «gran mundo ruso», como las del *Héroe de nuestros días*, de Miguel Lermontof, adivinamos ya la Ana Karenin, de Tolstoi. Cuando nos impresionan ciertos capítulos de los *Polinayeses*, de Rechnikoff, presentimos á las nihilistas de Máximo Gorki y de Sergio Samsonof. Durante medio siglo, son todas las mujeres rusas princesas ó aldeanas; dominadoras ó sometidas; ó martillos ó yunques. No hay matiz, no hay término medio, no hay clase media, no hay literatura, ni en la vida.

La clase media rusa aparece con la libertad de los siervos, cuando en 1861 acomete Alejandro II «la gran reforma». Tal vez por eso, hasta hace pocos años, la mujer de la clase media rusa no alcanza puesto en la literatura ni en la política, ni siquiera en la industria de aquel país.

Pero, del mismo modo que sus progresos en la industria y en la política son pasmosos, sus progresos en la literatura exceden á toda ponderación.

Antón Tchekoff, el «amado discípulo» de Tolstoi, es su Mesías literario, y su admirable comedia de costumbres *Las tres hermanas*, acaso sea lo más completo que sobre las mesócratas rusas se haya escrito.

Desechando los vulgarísimos contrastes entre grandes duquesas y campesinas haraposas, entre lujo y miseria, entre luz y sombra, Tchekoff es el primer gran escritor ruso que ha encontrado el matiz de las mujeres de la clase media.

Estas mujeres rusas de la clase media son muy distintas á las de los demás países; son las mujeres rusas por antonomasia. Las aristócratas rusas no son rusas; como las aristócratas francesas, alemanas, inglesas, italianas y hasta españolas, las rusas son cosmopolitas.

Tampoco las aldeanas rusas son típica, diferencialmente rusas, porque también, como todas las aldeanas del mundo, padecen el



Tipo de mujer rusa, ataviada con el tradicional "kokotchpik"

cosmopolitismo de la servidumbre, de la resignación y de la miseria.

Pero las mesócratas rusas tienen rasgos tan firmes, tan rotundos, tan diferentes de las mesócratas del mundo entero, que constituyen un carácter típico y nacional.

Sabido es que la mesocracia femenina se distingue en casi todos los países por su dependencia económica, por su mediocridad espiritual y cultural. En Rusia, por lo general, las mujeres de la clase media comienzan por tener, desde los quince años, una cultura evidentemente excepcional, y con ella y por ella, una dependencia económica más excepcional todavía.

La tradición del anarquismo y del nihilismo—que tiene en Vera Serguin una doctora y una mártir—ha derivado hacia el industrialismo, hacia el comercio, hacia las profesiones burocráticas y facultativas, con un instinto sutil y con una fuerza incontrastable.

A los dos ó tres días de nuestra llegada á Petersburgo, nos aventuramos á salir de compras.

En el primer comercio que encontramos—con el recelo natural de todo extranjero, siempre alerta, como los sordos—, comenzamos á darnos cuenta de que llamábamos la atención.—¿Por qué nos miran tanto?—nos decíamos entre dientes.

Al cabo, avergonzados, dimos en el «quid». Todos los parroquianos que entraban se descubrían; todos los que ya habían entrado permanecían descubiertos. Entonces, tras descubrirnos, presentamos nuestras excusas á la señorita del mostrador.

Porque bueno será advertir que en los comercios rusos no hay más que mujeres. En la caja, en el mostrador, en todas las secciones y dependencias sirven mujeres.

Mujeres en el ventanillo de Telégrafos, mujeres en las oficinas de Ferrocarriles; mujeres en la Banca rusa, el Banco Nacional; mujeres en las taquillas de los teatros; mujeres en los Ministerios del Interior y de Instrucción pública; mujeres en las farmacias; mujeres en los atrios de las iglesias, vendiendo medallitas, aleruyas y oraciones.

Mujeres en los restaurantes y grandes hoteles, sirviendo de cajeras, camareras é intérpretes; mujeres en las Redacciones, ideando, desde novelas hasta reportajes de sensación, sentadas á la máquina de escribir ó en el banco de las linotipias. Mujeres en las Universidades y en los Laboratorios, en las Bibliotecas y en los Archivos, en los Hipódromos y en los Museos, en los talleres y en las fábricas, aportando con el esfuerzo personal, agudo y lógico, la impresión colectiva de un feminismo superior, constituido, asentado, nacionalizado.

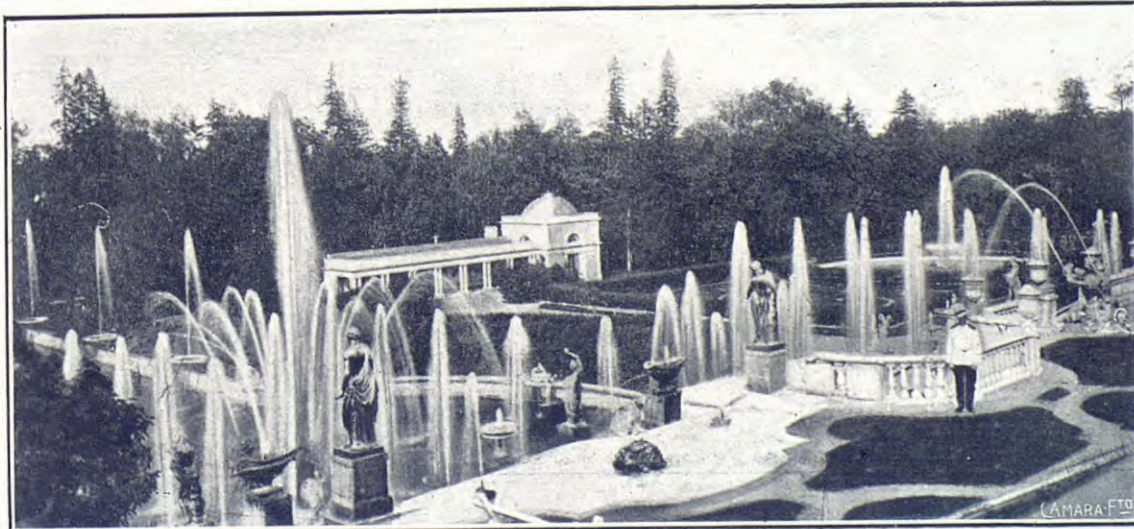
No se trata del caso llamativo y extravagante de las sufragistas inglesas desfilar por una murga ante el Parlamento, ó de las feministas yanquis yendo de Nueva York á Washington en cabalgatas pintorescas á impetrar de Wilson el voto para la mujer; ni siquiera del caso parisién de *Les eclaireuses*, vistiendo, como *Jorge Sand*, de hombre, como si el sexo se mudara con el vestido.

El caso del feminismo ruso es hoy natural, fisiológico, normal y corriente. En Rusia las mujeres han conquistado el mostrador y la oficina, el mostrador y la biblioteca, por dos medios completamente paradójicos: por las bombas y por los libros.

La mujer rusa ha caminado siempre por el lado del peligro, por la libertad política. En San Pedro y en San Pablo—la Bastilla eslava—entraron, para no salir, más mujeres que hombres; en las revoluciones y en los atentados, desde Vera Serguin á María Borisoff, las manos homicidas han sido siempre «manos blancas»...

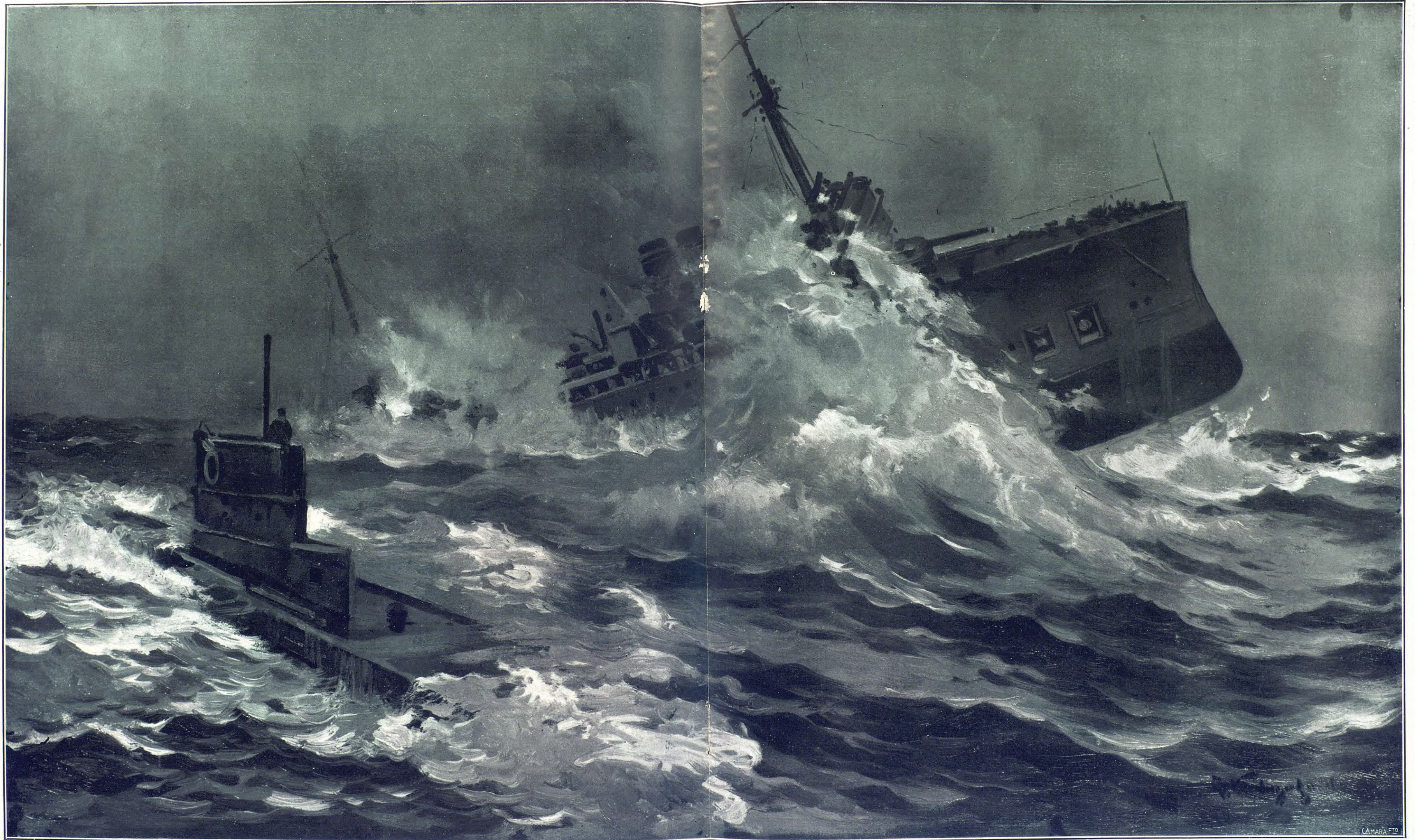
Es natural que ahora, irrumpiendo impetuosamente la libertad política, la mujer rusa haya recogido el premio. Y es natural también que siendo tradición femenina del país un tenaz pensamiento de emancipación económica, política y social, la mujer rusa que fué la proto-mártir, sea hoy en día la protovictoria.

Mientras países adelantados se agitan en favor del voto por la mujer, en Finlandia, país hasta ayer autócrata, las mujeres están ya hartas, no sólo de votar, sino de ser diputadas y hasta alcaldesas...



Las fuentes del Palacio de Peterhof

Cristóbal DE CASTRO



El acorazado francés "Danton" en el momento de hundirse en el mar Mediterráneo, á consecuencia del torpedeamiento de que fué objeto por un submarino alemán, y en cuya catástrofe, ocurrida recientemente, perecieron 296 tripulantes

Dibujo de R. Verdugo Landi

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES

Un gran Visir de Bagdad: Yahya-ben-Khaled

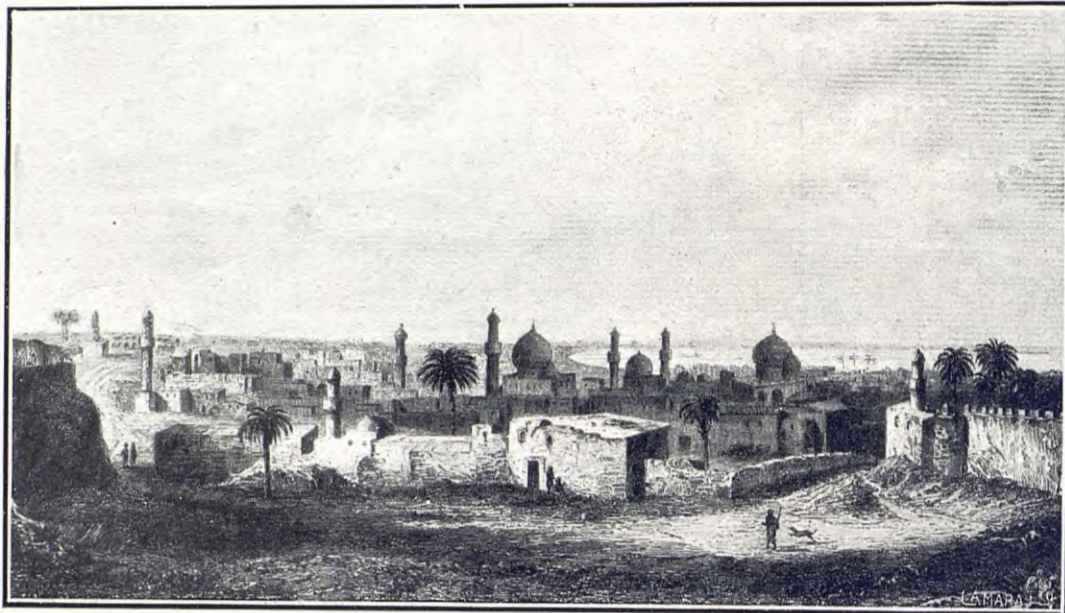
GRANDE de verás fué. Si todos los historiadores están conformes en que bajo el califato de Harun-el-Raschid—es decir, el Justo, aunque de esto y aun de agradecido tuviese muy poco—alcanzó todo su apogeo el imperio árabe, no lo están menos en reconocer que el mayor acierto de aquel califa fué el elegir sus ministros de la ilustre familia de los Barmesidas, nombrando gran visir á Yahya-ben-Khaled, y pequeños visires — como se les llamó—á los hijos de Yahya, Fadhl y Djafar.

El visir Yahya, dotado de talento y conocimientos extraordinarios, rodeándose de las más altas mentalidades, consiguió el más alto esplendor no sólo al trono y á la corte, sino á todo el imperio, cuyos puntos más distantes de la capital hallábanse ligados por una comunicación tan frecuente y rápida como permitían aquellos tiempos: relevos siempre dispuestos permitían franquear prestamente las más largas distancias á los enviados del Príncipe. Un sistema de señales por medio de fuegos encendidos en las costas permitía llevar en una sola noche una orden desde Egipto al Estrecho de Gibraltar. Hasta el vuelo de las aves era empleado en mensajerías. El oro rebosaba en las arcas del Tesoro público. Y, naturalmente, el visir y sus hijos, á quienes tanta fortuna se debía, se enriquecieron también de modo fabuloso y su poder llegó á ser tanto como el del califa.

El pueblo adoraba en ellos, no sólo por su sabiduría y provechosa administración, sino porque, pródigos hasta la fastuosidad, eran, como dice un cronista de su tiempo, «el refugio de los afligidos, el recurso de los desventurados».

Cuando Yahya había de montar á caballo, preparaba bolsas con doscientas monedas de plata, para distribuirlas entre los que le salieran al paso. Cuando con sus hijos acompañaba al califa en su peregrinación á la Meca, disponía distribuciones de dinero ó de vestidos para el pueblo, distribuciones que llegaron á ser tres seguidas con motivo de una sola peregrinación, y tan abundantes, que su memoria se conservó de modo proverbial y así á aquel año se le llamó «el de las tres distribuciones».

Así, cuando cayó en desgracia, y El-Raschid—¡qué irónicamente suena ahora el apelativo de Justo!—Harun, que tanto les debía, intentando que se perdiese hasta la memoria del nombre de sus bienhechores ministros, prohibió á los poetas que compusiesen elegías sobre la desgracia de Yahya y sus hijos, conminando con severo castigo á quien le desobedeciera, se encontró un hombre que recitaba, vertiendo lágrimas, una lamentación



Vista general de Bagdad

acerca de la ruína de la casa de los Barmesidas. Prendieron los soldados y llevaronle á la presencia del califa, el cual le preguntó airado:

—¿No sabías que yo había prohibido toda lamentación acerca del fin de los Barmesidas?

—Príncipe, si tú me lo permites—replicó el culpable—te contaré mi historia. Cuando la conozcas, obra como te parezca justo.

Y obtenido el permiso, contó su historia. Era él uno de los agentes más ínfimos de Yahya-ben-Khaled, el cual le sabía fiel, inteligente, honrado, bueno y, por tanto, digno de mejor suerte que la pobreza en que vivía. Un día oyó con estupor que el visir le mandaba convidarle.

—Señor—respondió el infeliz agente—estoy muy por debajo de un tan gran honor, y mi casa no está á propósito para recibiros.

—Pues es absolutamente preciso que hagás lo que te he mandado.

—En tal caso—replicó el mísero—tened á bien concederme un plazo para disponer los preparativos necesarios y adecentar mi pobre morada. Entonces, vuestra voluntad quedará cumplida.

Concluido el plazo, invitó al visir.

Seguido de sus hijos llegó Yahya, acompañado de unos cuantos amigos muy íntimos.

Su hijo Fadhl manifestó que le encantaban los pollos asados; Djafar pidió manjares que en aque-

lla mansión equivalían, por lo imposibles de servir, á la Luna.

Bien que mal, comieron los invitados, y acabada la comida, el visir, después de recorrer la casa, le exigió que se la enseñase toda entera.

—Señor, acabáis de verla—dijo el agente.

—No es cierto, tú tienes más casa—replicó el visir.

Y sin hacer caso de las protestas del dueño de aquella casa, llamó un albañil y ordenó que derribase una pared. Cuando estuvo derribada, pasó con sus hijos, su amigos y el humilde agente, que estaba estupefacto, y entraron todos á un jardín delicioso, bien plantado y regado por numerosas acequias; en aquel jardín, pabellones con mesas riquísimas llenas de manjares apetitosos, muebles suntuosos y tapices, servido todo por esclavos y esclavas de perfecta belleza.

—Esta casa, con todo lo que ves, es tuya—dijole el visir.

El mísero favorecido con aquella esplendidez arrojóse á las plantas del visir y le besó las manos. Entonces comprendió que cuando el visir le había obligado á convidarle, había hecho comprar los terrenos vecinos á la casa y había mandado construir el palacio que le regalaba.

Después de regalarle la casa, Yahya, dirigiéndose á su hijo Djafar, le dijo:

—He aquí una casa con su servidumbre, pero ¿quién proveerá al sostén de todo?

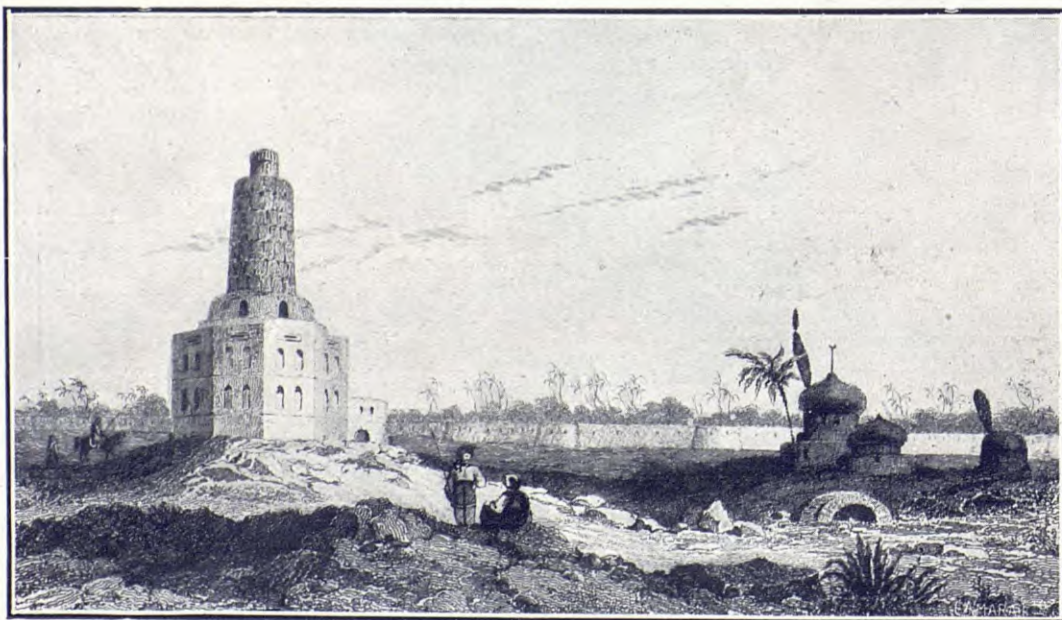
—Yo le he dado una granja con todas sus dependencias, y le firmaré un contrato de donación—dijo Djafar, que no cedía en generosidad y esplendidez á su padre.

—Muy bien—añadió el visir, volviéndose á su otro hijo Fadhl—. Pero hasta que la granja le rente, ¿dónde encontrará este nuestro amigo leal dinero para proveer á su desponsa y á sus demás necesidades?

—Yo, que le debo desde este instante diez mil escudos de oro—dijo Fadhl, tan generoso y tan espléndido como su padre y su hermano—, y haré que se los paguen en seguida.

—Desde entonces—dijo el agente—, ¡oh, Príncipe de los creyentes!, no he desperdiciado, bien lo sabe Dios, ninguna ocasión de cantar alabanzas y de hacer votos por la suerte de aquellos á cuya generosidad lo debo todo, y nunca me consideraré bastante reconocido. Ahora, si quieres hacerme morir por esto, hágase tu voluntad.

Harun-el-Raschid, enternecido por aquel agradecimiento, le perdonó y dejó á todos en libertad de llorar el fin trágico de los hijos de Barmesidas.



Cementerio árabe, en Bagdad

CANCIÓN DE RAZA



Puente de San Martín, de Toledo

En uno de los valles de la vieja Castilla
donde flota el espíritu de un pasado guerrero,
en el que cada roca es una augusta silla,
y toda rama seca una espada de acero ;

donde el agua es potencia y armonía la fronda
y el canto de las aves es grito de batalla,
y la voz del pastor es esa queja honda
con que añora su lanza y su cota de malla ;

á los jóvenes viejos que cansados y enfermos,
caminan por el mundo en busca de la vida
siguiendo un espejismo por los senderos yermos
mientras dejan al borde la tierra prometida,

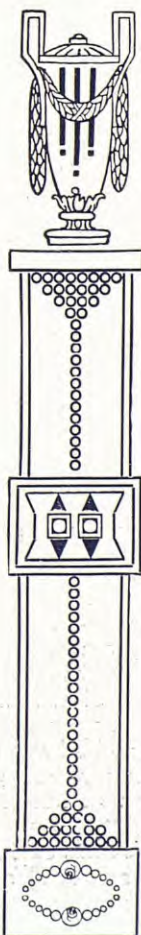
una noche invernal, dominando sus ruidos,
con una sobrehumana voz que acaricia y reta,
mezcla de roncros truenos y murmullos de nidos,
con la voz de Castilla, hablóles un poeta :

«En estos recios montes que evocan romanceros,
junto al épico río que baja de la sierra,
escuchad la canción de los bronceos guerreros
que renace en el ruido de la reja en la tierra.

Detened vuestro paso, ilusos peregrinos ;
es estéril la sangre que dejáis en las huellas ;
es infecundo el polvo de todos los caminos ;
siempre irán alejándose delante las estrellas.

Vais buscando la vida desde tierras distantes
y aún creéis que se encuentran en pueblos más lejanos ;
el único camino es la labor constante
y la esperanza el fruto de nuestras propias manos.

No pidáis á otros pueblos lo que hay en la heredad,
el pan de cada día amasado con sudor,
que es muy duro y amargo el pan de caridad
amasado con llanto de vergüenza y dolor.



Amad á vuestra patria ; eternizad su nombre
y no extingáis el fuego de su materno hogar ;
ved que, donde trabaja, encuentra siempre el hombre
tierra de que nutrirse y cielo en que soñar.

Al espacio infinito elevad las miradas
teniendo vuestro paso asentado en el suelo ;
sed como estas encinas que á la tierra agarradas
elevan el anhelo de sus copas al cielo.

Sacudid los harapos ; sepultad vuestras frentes
en las aguas del río que aprendieron pujanza
en las luchas gigantes de presas y torrentes.
El azul de este cielo os dará la esperanza,

la nieve de los montes os dará su pureza,
las cumbres su altivez, constancia la llanura ;
en las ruínas añosas aprenderéis nobleza
y los recios castillos os darán su bravura.

No os importen las dudas de vuestro pesimismo.
Aún podéis ser potentes ; aún podéis ser fecundos.
No digáis «imposible» ; no existe el fatalismo :
siempre el hombre más débil puede crear cien mundos.

Sobre el cálido altar de la tierra labrada
haced el juramento de la renovación ;
y la fronda del monte, por el viento agitada,
os dará maternal su inmensa bendición.

Y cuando nazca el día será como un incienso
el vaho de los surcos y la niebla del río,
que aspirándose tornan el vivir más intenso
y aureolan las frentes con luces de rocío.

Vuestra pobre existencia se hará más deseada ;
encontraréis amables las más humildes cosas ;
y voluntad y fe harán de la cayada
con que ayer caminábais, una vara de rosas.

ARTURO PEREZ CAMARERO

LA REDENTORA



EL frágil *bibelot* viviente estornudó al penetrar en la frialdad profunda y tenebrosa de la Catedral primada de las Españas. Sus botinas cosmopolitas de parisiense, posábanse en la losa inmensa que cierra la tumba de un cardenal. En lo alto, el capelo suspendido, y con sus arracadas de borlas, diríase el premio ofrecido para la adorable criatura si lograba ganar el cielo. Por de pronto, el ambiente sacro había conspido a la damisela, que estornudaba como un falderillo...

—¿No hay calefacción en la Catedral?

—Creo que no... Sólo los canónigos de Burgos se decidieron á gastar cuarenta mil duros en instalar en su iglesia el *chaufage*...

En tanto nosotros dos, la extranjera y el cronista, platicábamos, sonaba, resonaba el canto del coro, reforzado á veces por un chorro de música que lanzaba el órgano. También, con sus colores y su ritmo, el rosetón de vidrios policromados parecía cantar allá arriba, rasgando el muro...

Vino hacia nosotros un espontáneo *cicerone*:

—¿No querían los señores ver el tesoro?

Caminamos sobre las tumbas cardenalicias, y envueltos en la grave armonía de la siesta canónica. Nos cruzamos con el pertiguero, con varios monagos, con algún cadete, con tácticas devotas que se dirigen á besar la piedra milagrosa de la Pilarica. Por fin llegamos á la camareta en que se guardan las joyas de plateros. Varias ampollas eléctricas arrancan chispazos al oro, las piedras,

los colorines de las miniaturas. Es una fastuosidad recargada y seca, legítimamente eclesiástica y toledana. Huele el aire á incienso, y acaso un poco más á ese tufillo inconfundible de los sacristanes, mezcla de olor de cera, de vino y de humedad. Cuando nosotros entramos en la enorme arqueta de piedra que es toda la habitación, ya dos señores canónigos hacen los honores de tanta riqueza á una familia inglesa. Realmente, quien guía y explica es un pobre diablo rapado y rasurado, bicho de sacristía, sin duda. Los honorables sacerdotes cuidan de que no se distraiga el buen fámulo. Siempre con la codicia de la propinilla, al descubrirnos junto á la primera vitrina, abandona á sus remolcados sajones el elocuentísimo y erudito pícaro. Sin despegar las cruzadas manos del redondeado abdómen, amonesta al tornadizo guía uno de los canónigos, tan grave y solemne con su ampulosa sobrepelliz y con su birrete de puntas:

—Martín, siga usted con esos señores... Luego acudirá á los otros... Siga, Martín...

La muñeca y el *chroniqueur* quedamos abandonados á nuestra ingenuidad ante un escaparate con cálices, misales, un portapaz, y en la pared un manto extendido y unas banderas moriscas y legendarias...

El digno y concienzudo canónigo debió de sentir un vago remordimiento al contemplarnos perplejos y atemorizados, porque se aproxima con un cierto aire paternal:

—... Esas son las banderas tomadas á los ára-

bes en la batalla del Salado... El cáliz que usaba el cardenal Mendoza, confesor de los Reyes Católicos... También el portapaz perteneció á dicho cardenal... Es un lingote de oro con...

Se detiene el caritativo canónigo, al observar que la parisiense no le escucha, absorta y entusiasmada al pie del manto de los millares de millares de perlas... Como sabéis, es un inmenso abanico de tisú de oro, bordado, constelado, cuajado, diríamos que de estrofas de perlas...

Murmura el señor sacerdote:

—El manto de la Virgen del Sagrario...

Y aquí de la profanación inesperada, terrible, que nos hace palidecer. Replica la damita á nuestro clásico: «¿Le gusta á usted?»; replica, sin despertar de su alucinación:

—¡Oh, qué hermosa salida de teatro podría ser el manto ese!...

El canónigo comprende nuestra zozobra íntima. Sonríe, y luego bendice al *bibelot* de carne de color de rosa, que casi no comprende el ademán de la diestra gordezuela y sagrada:

—*Ego te absolvo*... Sí, yo te absuelvo, pequeña y terrible pecadora... Tu pecado es grande... Pero es que tu confesión vale por la de todas las mujeres que al contemplar ese manto enmudecen y se tornan pálidas y añaden brillo á sus ojos...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE FEDUCHI

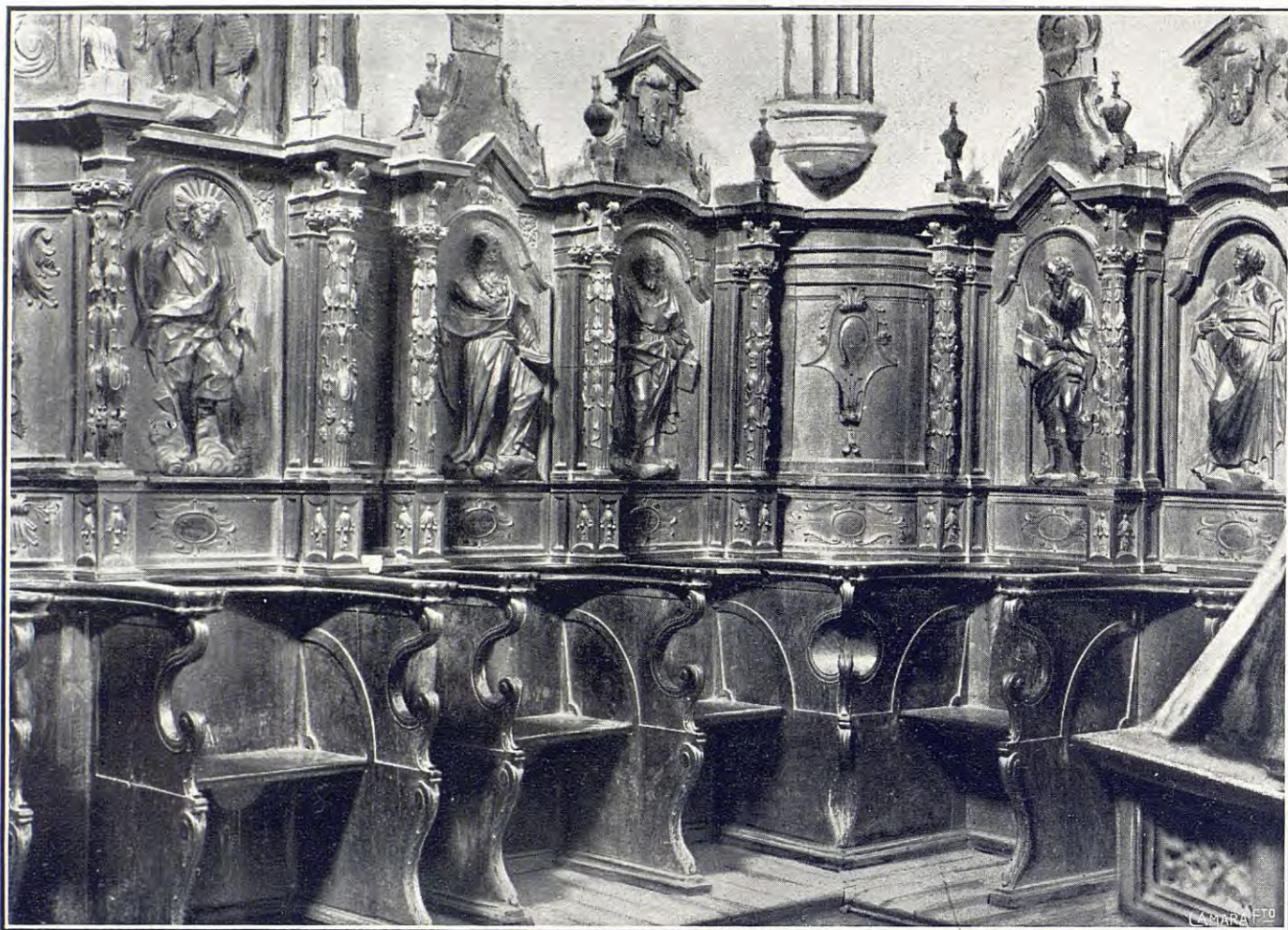
LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



HORAS DE ENSUEÑO, cuadro de Barison

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

La iglesia parroquial de Santoyo



Sillería del coro de la iglesia de Santoyo, de gran valor escultórico

DESDE hace algún tiempo, y con los obligados paréntesis que imponen la escasez de espacio y el exceso de original, venimos ocupándonos en estas páginas en ofrecer al lector los más importantes monumentos arqueológicos

que, diseminados por los pueblos que la componen, existen en la provincia de Palencia, y muchos de los cuales eran casi ó totalmente desconocidos antes de ser reproducidas sus bellezas y ensalzados sus méritos en esta revista.

Hoy corresponde el turno á la iglesia de Santoyo, verdadera joya arquitectónica del siglo XVI que en diversas ocasiones ha merecido frases altamente encomiásticas de ilustres críticos é historiadores, y que al igual de otras muchas, como antes decimos, permanece completamente ignorada por estar situada en un apartado lugarejo castellano.

Santoyo, cuya iglesia va á ser objeto de estas líneas, es un pequeño pueblo de la provincia de Palencia, enclavado en la margen izquierda de la carretera que conduce de Fromista á Astudillo y rodeado de una vasta extensión de terreno en el que la característica aridez de los campos de Castilla se acentúa de un modo extraordinario.

No cuenta este pueblo, triste y melancólico como el paisaje que desde él se divisa, con viejas y vetustas casonas solariegas ni legendarios castillos señoriales que puedan evocar en la imaginación del viajero fastos históricos ni fechas memorables. Antes al contrario, la tristeza que flota en el ambiente y el silencio solemne que predomina en su recinto, tienen algo de inhóspito y hostil para el visitante que acude á él anhelando contemplar las ponderadas bellezas de su iglesia. En efecto, todas las molestias que el viaje á Santoyo pueda proporcionar, toda la impresión desagradable y áspera que el aspecto del pueblo pueda causar, hallan cumplida compensación una vez que nos encontramos ante su templo magnífico, pleno de encantos y de emoción artística y dejamos que nuestra vista se extasie en su contemplación y sentimos que nos invade una emoción deliciosa al respirar el grato ambiente de dulce placidez que flota en la quietud de sus naves, donde durante cuatro

siglos se reúnen unos píos y rudos creyentes que se van sucediendo de generación en generación y que con unción mística elevan sus plegarias al Señor...

El aspecto exterior de esta iglesia es magnífico



Anverso de la Cruz parroquial



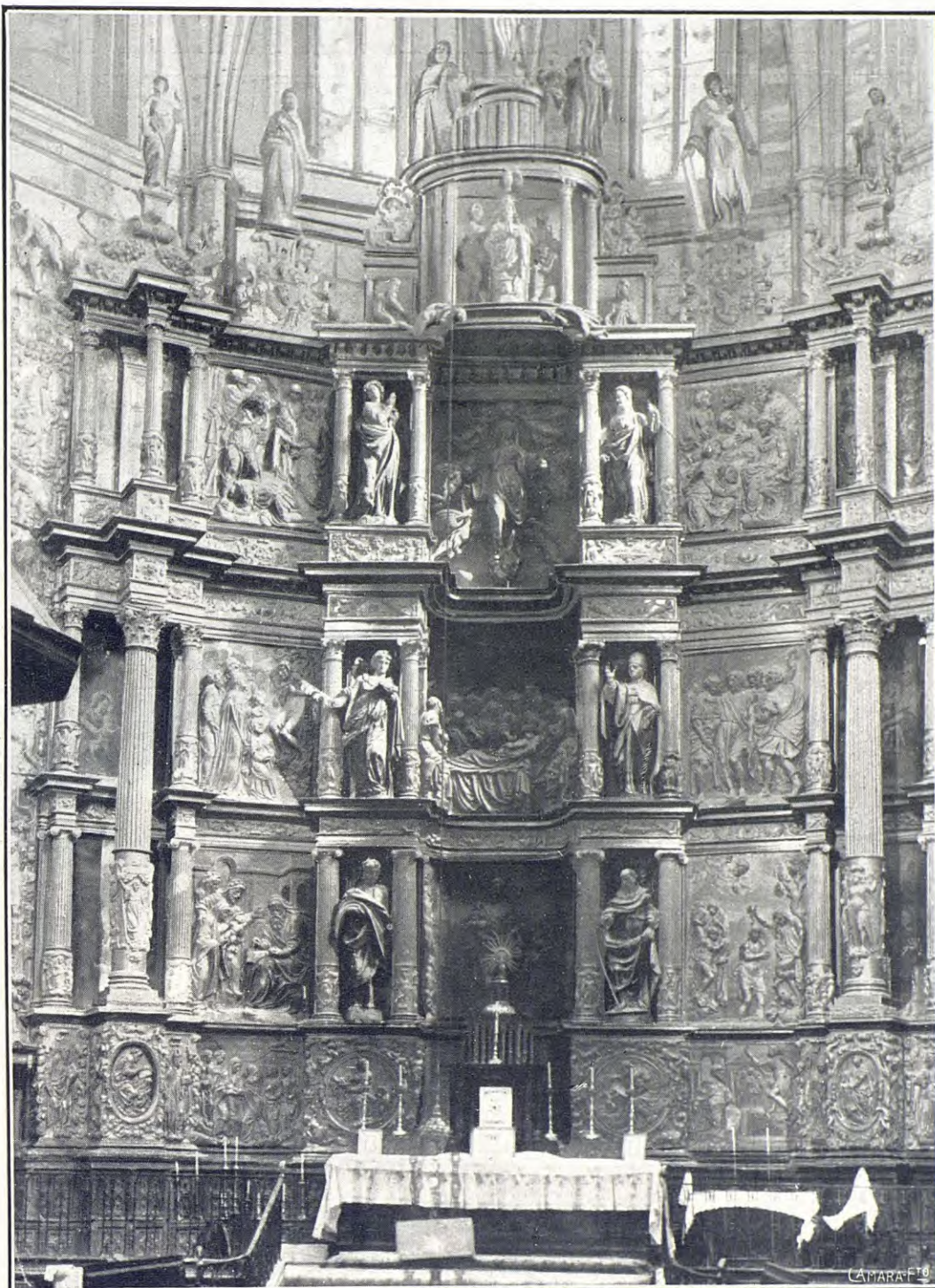
Reverso de la Cruz parroquial

co por la severidad y elegancia de sus líneas; pero lo que verdaderamente llama la atención de ella, una vez que se trasponen sus umbrales, es el amplísimo y espléndido crucero, cuya grandiosidad y altura dan á este templo caracteres de catedral, y que cuenta con varias claraboyas en sus brazos y bocelados y elegantes pilares.

La capilla mayor, de grandiosidad extraordinaria, corresponde en anchura á la de las tres naves que forman el recinto del templo, y á ella conducen tres arcos peraltados de curva aplanada que se reúnen en el centro de la bóveda por una graciosa estrella.

Ocho ventanas ojivales, bordadas de arabescos y cubiertas de vidrios pintados con figuras, contribuyen á realzar la belleza de este admirable conjunto, en el que las insinuaciones del renacimiento se mezclan con las postreras galas del arte gótico.

La ornamentación de todas las bóvedas, el labrado del notable facistol, verdadera joya del arte gótico, la sillería del coro alto, la Cruz parroquial y algunas otras joyas de gran valor que se conservan entre las reliquias de este templo, como asimismo las esculturas del sepulcro que á un lado del presbiterio se erigió á un benemérito sacerdote, serían lo mejor de la iglesia parroquial de Santoyo, si no existiese el gran retablo, joya la más preciada que en ella se conserva, cuyas obras se empezaron, según los datos que sobre



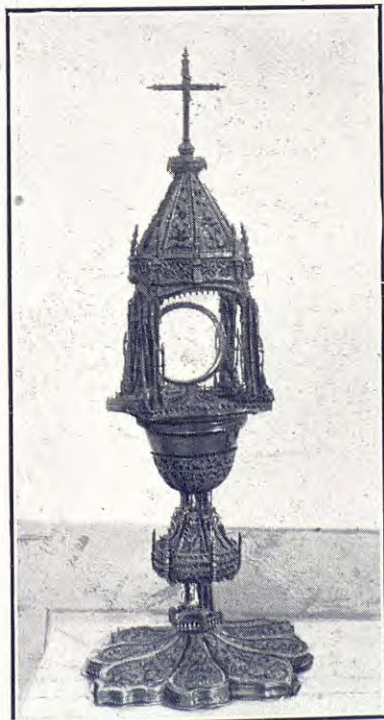
Magnífico y valiosísimo retablo, obra maestra de Juan de Juni, existente en la iglesia de Santoyo

este extremo existen, en 1570 y se concluyeron en 1585.

Construyóse este retablo por orden de un secretario del Rey Felipe II, llamado Sebastián Cordero de Navares, quien conociendo la justa fama y merecido renombre alcanzados en esta clase de trabajos por el célebre artista Juan de Juni, no vaciló en encargárselo á él, seguro de que, como ocurrió, habría de hacer una obra admirable y magnífica. En efecto, la estatua de San Juan Bautista colocada en el centro de este retablo, los ocho relieves de su vida, las efigies de Santos en los intercolumnios, la coronación de la Virgen puesta bajo un templete en la parte superior, el Calvario y las figuras alegóricas del remate, son pruebas incontestables de que fueron ejecutadas por un exquisito cincel ó, mejor aún, por exquisitos cinceles, pues en esta obra excepcional, acaso una de las más importantes que de su índole existen en España, ayudaron á Juan de Juni, Antonio Calvo, Gabriel Vázquez, Juan de Ortiz, Manuel Alvarez y Miguel Barreda, todos ellos artistas muy renombrados de aquella época.

Del extraordinario mérito artístico de este retablo, como asimismo de la gran importancia arqueológica de la iglesia en su totalidad, darán al lector más clara idea que todo cuanto nosotros pudiéramos añadir á lo ya dicho, las fotografías que ilustran esta información.

Luis GONZÁLEZ



Cáliz gótico con ostensorio



Facistol del más puro estilo gótico



Cáliz de ornamentación clásica

LA PASIÓN DE JESÚS EN EL TEATRO



Catalina Bárcena y Alberto Romea en el auto religioso del siglo XVI "Lucero de nuestra salvación", estrenado, con gran éxito, en el Teatro Eslava

CÁMARA-FOTO

FOT. KAULAK

FRANCISCO FLORES GARCÍA

Cuantos conocíamos sus cualidades, sospechábamos que la muerte llegaría hasta él con parsimonia, acortando solemnemente las distancias, porque los hombres sencillos, voluntariamente alejados de los estruendos mundanales, esperan el final de su existencia como se aguarda el cumplimiento de una cita que inexorablemente ha de realizarse. Son los aturdidos por la ambición, por el poderío, por las infinitas ansias que azusan al alma humana, quienes pueden sentir el temor de verse arrancados con rápida violencia del lugar en que engritados disfrutaban grandezas ó del festín en que nunca satisfechos lisonjean á sus apetitos.

Francisco Flores García desaparece dejando rastros de sincero pesar, porque su muerte acorta la lista de los hombres buenos, suprime un defensor práctico del trabajo y borra de entre los modestos uno que lo fué de veras, sin ficciones de ninguna clase, modesto de los que no aceptan regalos de la vanidad, de los que no andan en convenios recatados con la codicia, de los que no sirven á deshora las miserias que execran, y combaten á plena luz y en medio del día.

Dió á cada período de su vida lo que le correspondía.

Cuando mozo fué apasionado, vehemente. Tuvo juventud auténtica, recia, briosa, no la enclenque y aliñada de cuantos necesitan partida de bautismo para certificarla.

Salió del taller enamorado de un ideal político y fué entonces batallador y poeta, valga la redundancia, porque lo mismo es batalla la poesía que es la poesía batalla. Acaso no hay explosión poética igual á la de cualquier lucha donde la gloria y la destrucción van en compañía, ni hay pelea más ardorosa y conmovedora que la de los ideales políticos contrarios puestos en pugna.

La juventud de Flores García se gastó en componer versos y artículos repletos de violencia. Nuestro llorado compañero escribió en *El Combate*, junto á Paul y Angulo, en aquellos tiempos lejanos en que las voces elocuentes y las armas manejadas por manos de irreflexivos no cesaban de solicitar el concurso de la nación con párra-

fos y con tiros. En período juvenil logró Flores García ver á los suyos en el mando; pero no debió parecerle bueno el triunfo cuando, después de haber perdido sus ventajitas, no puso el menor empeño en recuperarlas.

Y cuando ya en la madurez de su entendimiento, equilibrado y luminoso, el redactor de *El Combate* y *La Discusión* quiso dar empleo á su pluma, entró en el teatro, donde encontró con la suerte de que también le halagase la victoria sin grandes y estruendosos clamores, pero sin el menor asomo de desdén.

Durante treinta años fué Flores García autor dramático y además director artístico de algún coliseo de nombradía, lo cual significa que Flo-

res tuvo que resistir los aguijonazos de la envidia y los embates del despecho. Estrenar comedias aplaudidas y ganarse con estrenarlas algún caudal es pecado imperdonable para muchos que no saben trazar una escena y á veces hasta para algunos que las componen primorosas.

Leer obras inéditas y no representar cuantas se leen (tarea ineludible para los que dirigen empresas teatrales) suscita los enojos de quienes llaman á las puertas de Talía sin que se les otorgue el ansiado favor.

Por último, don Francisco Flores, al llegar á la vejez, se entregó á los recuerdos, dando á su pluma el oficio de evocar lo pasado, que á veces supera á lo presente. No quiso el autor dramático aplaudido y el gerente de teatros autorizadísimo que nadie discutiera su inspiración ó su eficacia, y por lo mismo colgó en la espetera la pluma con que escribía comedias y se alejó de los escenarios para ocupar en la platea un puesto de conoedor singular de la historia, vicisitudes y glorias del teatro español.

Fogoso en los años juveniles, inteligente, discreto y culto en la plenitud de la vida, satisfecho de la propia labor en los últimos años de su existencia, el periodista, el literato, el autor dramático, el crítico, el historiador del arte escénico contemporáneo cumplió con su destino y dió pruebas de tener brillo en el entendimiento y salud completa en el corazón.

Por no ser amigo de frases vanas era su hablar lento y difícil; por no gustarle las ficciones lisonjeras parecía huraño; porque esquivaba la batahola social, donde no es oro todo lo que reluce, alejose siempre de las exhibiciones aparatosas, y hoy, cuando llega el instante de las apreciaciones definitivas, por ser postreras, hay que alabar en él la fe con que trabajó, la honradez con que puso su talento al servicio de sus nobles vocaciones y la austeridad efectiva con que supo conquistar el título que, sin duda sobre todos, se estima más allá de las fronteras de la muerte: el título de hombre de bien.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



D. FRANCISCO FLORES GARCÍA

Ilustre literato y autor dramático, colaborador de "Prensa Gráfica", que víctima de un terrible accidente ha fallecido en esta Corte el día 5 del actual



EL COLEGIO DE BOLONIA

(RESTAURACIÓN DE SU CAPILLA)



El afán de los siglos por desnaturalizar la obra de los antepasados, ha sido causa de tantas mutilaciones y disfraces como registra en sus obras la historia del arte.

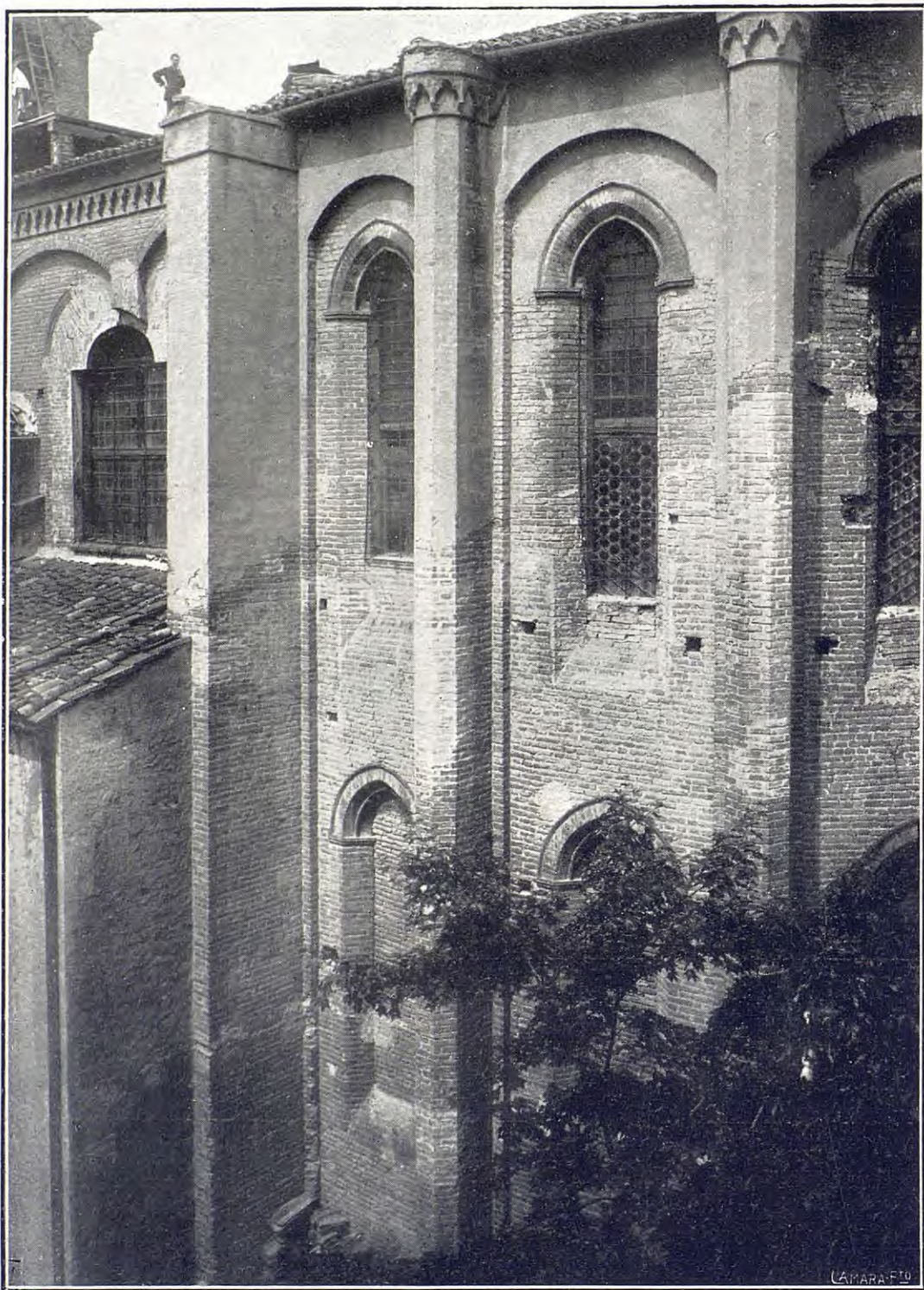
Afortunadamente, del presente siglo no se dirá que sea un *braghetone*, como del pintor que tapó las desnudeces en el Juicio Final de la Capilla Sixtina. No, no habrá en nuestros días muchos Miguel Ángel, pero tampoco hay los atrevimientos de aquellas pasadas centurias en que la osadía ó la ignorancia revestían un templo ojival con paramentos neo-clásicos, dejando nuevecitas á veces obras-maestras merecedoras de mayor respeto.

Las restauraciones arquitectónicas, quizás desde Violet-le-Duc, entraron en un camino de buen sentido, imponiéndose la crítica moderna para razonar cuanto se hiciera en bien de los monumentos á fin de salvarlos de su ruina. Y ese es sólo, y eso es lo único tolerable y defendible en punto á restauración, llegándose hoy hasta las exageraciones de algunos aficionados y coleccionistas que no adquieren, ni admiten siquiera ni regalado, un cacharro restaurado—ó entero, ó roto, pero nunca recompuesto, añadido con pedazo nuevo—. ¿Y qué hacer con los que ya están compuestos? Arrancarles lo nuevo y dejarles íntegro lo viejo.

Podrá discutirse este criterio en tal ó cual caso, mas hay que reconocer que al presente, por fortuna, no puede abrirse un concurso para premiar al escultor que ponga brazos á la Venus de Milo.

Pues bien: en la capilla del Colegio Mayor de San Clemente de los Españoles en Bolonia, se había reconstruido la cubierta de su ábside en forma de abanico por una equivocada restauración del siglo xviii; además, se habían adosado á dicho ábside varias construcciones para desahogos de la dependencia. Y, gracias al buen sentido de una promoción de colegiales, y al de su rector Sr. Ortiz, y del arqueólogo y capellán D. Julio Belvedere, se procedió á aislar el ábside y á restablecer á su primitivo estado la techumbre del mismo de dieciséis paños. Un entusiasta joven arquitecto (claro que, naturalmente, no hay elogio en ninguno de ambos calificativos) auxilió las obras en que se descubrieron los ventanales primitivos del siglo xiv. Y en la interesante fotografía que publicamos aparece en lo más alto de la construcción el aludido colegial, uno de tantos obreros de aquel plausible trabajo.

El arquitecto del Colegio Español de Bolonia, Sr. Rubbiani, un verdadero artista, muerto ya,



Muros de la capilla del Colegio de Bolonia

desgraciadamente, hizo su informe para las obras proyectadas, y en Italia, donde esas comisiones que en España llamamos provinciales de monumentos históricos y artísticos funcionan de verdad, acudió solícita la boloñesa á ver la capilla, y dictaminó favorablemente la importante obra llevada á cabo.

Ahora puede visitarse nuestra célebre fundación española apreciando debidamente su primitiva construcción, interesantísima en todos respectos.

Sabido es que el Colegio fué fundado en los promedios del siglo xiv por el cardenal D. Gil Carrillo de Albornoz, arzobispo de Toledo, y que, huyendo de la persecución de *el Cruel*, marchó á Italia donde, como legado pontificio, ganó pueblos, villas y ciudades para ensanchar los dominios de la Iglesia.

Desde entonces ha vivido la institución albornoziana con las naturales alternativas históricas, manteniéndose frente á sus adversarios y hasta contra sus encarnizados enemigos.

Quizás de los antiguos colegios mayores agregados á aquella famosa Universidad sea el único importante, pues el flamenco, el húngaro, el irlandés, etcétera, han ido desapareciendo ó arrastrando una vida precaria.

Y es que el gobierno italiano, sobre todo desde 1870, y por medio de su ley denominada de Garantías, se ha incautado poco á poco de todo patronato extranjero que mantuviera en su historia alguna relación con el Vaticano. Y como la Santa Sede devolvió al Colegio los bienes de que Napoleón I lo despojara, podía caer nuestra fundación en las mallas de la citada ley.

Recientemente ha dado hombres ilustres el Colegio albornoziano, con lo que se ufana, y con razón, el patrono Duque del Infantado, de la familia del fundador. Así se ha renovado la tradición gloriosa de pasados siglos.

Entre los supervivientes, la cátedra, el foro, la diplomacia y la política cuenta con los nombres prestigiosos de Romanones y Cossío, Cierva y Ricardo Rubio, Pérez Caballero y Madrid Moreno, Muledo y Justo Gómez, Pérez Oliva y López Monís, Rivas Cherif y Cuello Calón, el Marqués de Borja y el Barón de Purroy (que hoy son los decanos) y médicos, ingenieros, arquitectos, profesores, magistrados, científicos, literatos, artistas que mantienen el prestigio de la antigua institución.

No hace mucho, el Sr. Marqués de Lerma dictó, como ministro de Estado, un decreto creando una Junta del Patronato para regir el Colegio con cierta au-

tonomía. De ella forma parte, además del señor Duque Infantado-Sanillana, un colegial elegido por todos.

Y allá nombramos nuestro representante, viniendo á Madrid de todos lados los dispersos para estrechar con ese motivo los fraternales lazos de camaradas, reuniéndonos, viejos y jóvenes, en un solo cariño: el amor al Colegio y á la conservación de su renombre.

El edificio, en la actualidad, ofrece el sobrio aspecto de la época de su creación (hacia 1365) en estilo lombardo, severo y robusto, y lo que entre nosotros es típico en lo románico del siglo xii, es en nuestra antigua casa boloñesa la parte de arquitectura civil, y en cambio la construcción religiosa de la Capilla, pertenece al gótico característico del tiempo y de la región.

Justo es que con vario motivo de vez en cuando se hable de la vieja institución honra de nuestra historia académica.



GENTES DE MAR

BAJO EL SUDARIO AZUL

HABÍA esperado la muerte como un viejo tritón á quien hubieran expulsado de la mar. De tritón parecían sus barbas blanquirrubias que el viento de las galernas agitaba en grímpolas y brillantaba de salinas humedades; cual un tritón las caracolas, nidos de bravas armonías, llevaba á su bello carnoso y colgante la humilde ocarina de los sonidos melancólicos.

Decían estos sonidos la nostalgia de las bahías exóticas, con sus viejas canciones aprendidas en las rotas pretéritas. Aguardaba el viejo tritón las sombras vesperales y acechaba las primeras opalescencias ortivas, nublados sus ojos por las lágrimas del recuerdo y latándole en el corazón la angustia del viaje sin retorno, tan próximo ya.

Extensa, humilde y varia en el permanente empleo de ella, fué su vida. La prodigó sobre los móviles horizontes y en las más opuestas travesías. En el mar hirviente y cegador de los trópicos, en el mar plomizo y frío bajo las brumas nórdicas, en el mar sereno y plácido de las mediterráneas leyendas. Venció á la muerte en las reyertas de alta noche, dentro de los cafetines de los muelles donde se habla una lengua arlequinesca y las mujeres tienen veneno en los labios y lucecitas de homicidio en las pupilas; la venció también una noche de incendio y otra noche de naufragio á muchas millas de la costa. Jugó al amor en aventuras fáciles y fugitivas...

Todo ello estaba muy lejano, tan lejano, que entonces todavía balbuceaban y caían de brucos y tenían cabelleras rubias y rizadas de niñas, el hijo, ahora ya casado y con hijos á su vez adolescentes, y aquéllos otros dos que el misterio se tragó para siempre, dejando á dos mujeres enlutadas.

Tenía el viejo tritón más de sesenta años. Le flaqueaban las piernas. Cuando llenaba el cachimbo le caía más tabaco sobre las piernas y en el suelo que dentro de la cavidad ennegrecida. Con el temblor de sus manos le temblaban también los sonidos de la ocarina y aquel fado aprendido en Río Janeiro, ó aquella balada romántica que una irlandesa le enseñó en el lóbrego café de *El Rey Jorge*, salían trémulos y sin ritmo...

Un día no fueron solamente los sonidos los que cayeron lamentables y débiles contra el suelo, sino el propio instrumento, aquella ocarina de barro que alternaba con la pipa en la caricia temblorosa de los labios carnosos, de las encías mondas, y que en el bolsillo del chaquetón, endurecido por el hálito del mar, se unía á la bolsa de tabaco y al pañuelo de anchos cuadros azules y rojos...

El viejo lloró viendo los pedazos de su ocarina sobre las losas resbaladizas y fangosas del muelle. Su nuera le propuso comprarle otra; pero él no quiso.

Se resignó á escuchar únicamente las lejanas canciones de las escalas y de las largas travesías, dentro de su alma, donde no tenían aquel trémulo y tristísimo cansancio de vejez que en la ocarina mugrienta.

Desde entonces permanecía desdeñoso, olvidado del tiempo largas horas, en esos silencios pertinaces, tranquilos, contemplativos, sin éxtasis y sin emoción, de los marinos. Esperaba la muerte como un viejo tritón á quien hubieran expulsado de la mar...

Y cuando al fin llegó el momento del supremo tránsito, reunió á la cabecera del lecho á su hijo, á sus nueras, á sus nietos, y con palabras lentas y enérgicas, de una energía en la que fulguró el ímpetu imponente de los juveniles años, les dijo su deseo.

El quería ser sepultado en la mar. Era hijo de ella y á su maternal seno quería ser devuelto.

Las nueras y las nietas lloraban. Las nueras protestaron además. El hijo, ceñudo y bronceado entre sus barbas grises, cruzados los brazos sobre el atlético pecho cubierto por la camiseta de lana azul, le escuchaba silencioso. Los nietos, adolescentes y ya hechizadas de quimeras las pupilas, oían extáticos. Por la ventana abierta á la bahía entraba el rumor bronco de una sirena y la risa silenciosa del sol.

Fué preciso, al fin, que el hijo impusiera su autoridad. El viejo tritón sería sepultado en el mar. En el misterioso abismo le aguardaban, además, los otros dos hijos que marcharon antes. Las mujeres volvieron á protestar. Aquello no era católico, no era cristiano...

Y el viejo, ya sin habla, sonreía con el bello mitológico y á sus pupilas de agónicas opacidades se asomaba su alma pagana.

Con un débil apretón de manos, que humedeció de frío sudor la mano del hijo, repitió la súplica.

ooo

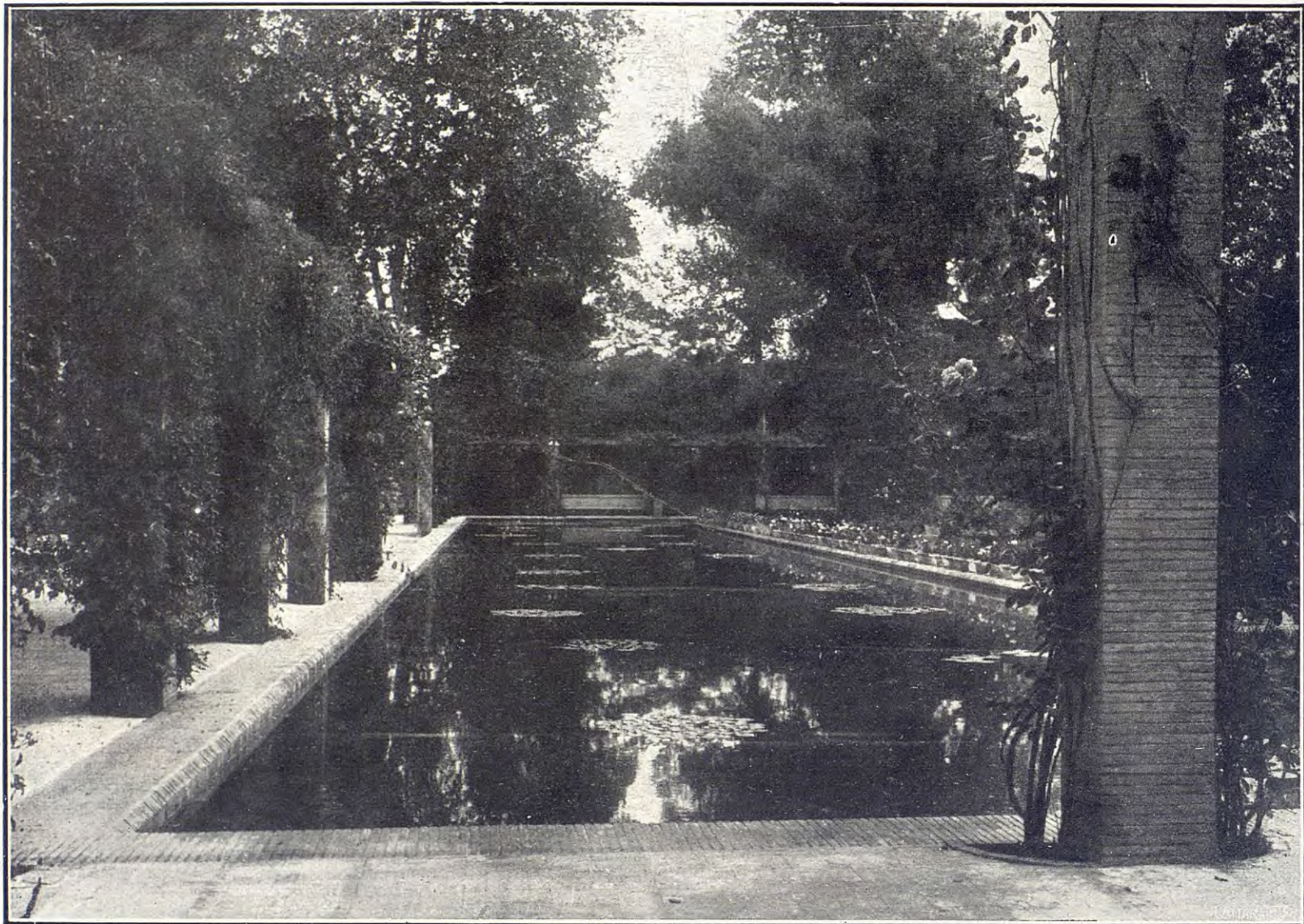
Alzaron el velamen ocroso y remendado, como paliós y como pendones litúrgicos. A popa, envuelto en una sábana y con una piedra enorme atada á los pies, llevaban el cadáver del viejo tritón. Empuñaron los nietos los remos. El hijo pilotaba la lancha. Salieron hasta la mar libre que el sol de medio día caldeaba y bruñía en cegadores espejos. Y lentamente, con unas cuerdas, como los sepultureros terrenales, bajaron el cadáver á la tumba, cuyo fondo ignoraban.

Unas gaviotas blancas acudieron en vuelos concéntricos...

JOSÉ FRANCES

ILUSTRACIÓN DE FRANCISCO LLORENS

LOS PARQUES SEVILLANOS



Estanque de los lirios del parque de María Luisa, en Sevilla

FOT. CASTELLÁ

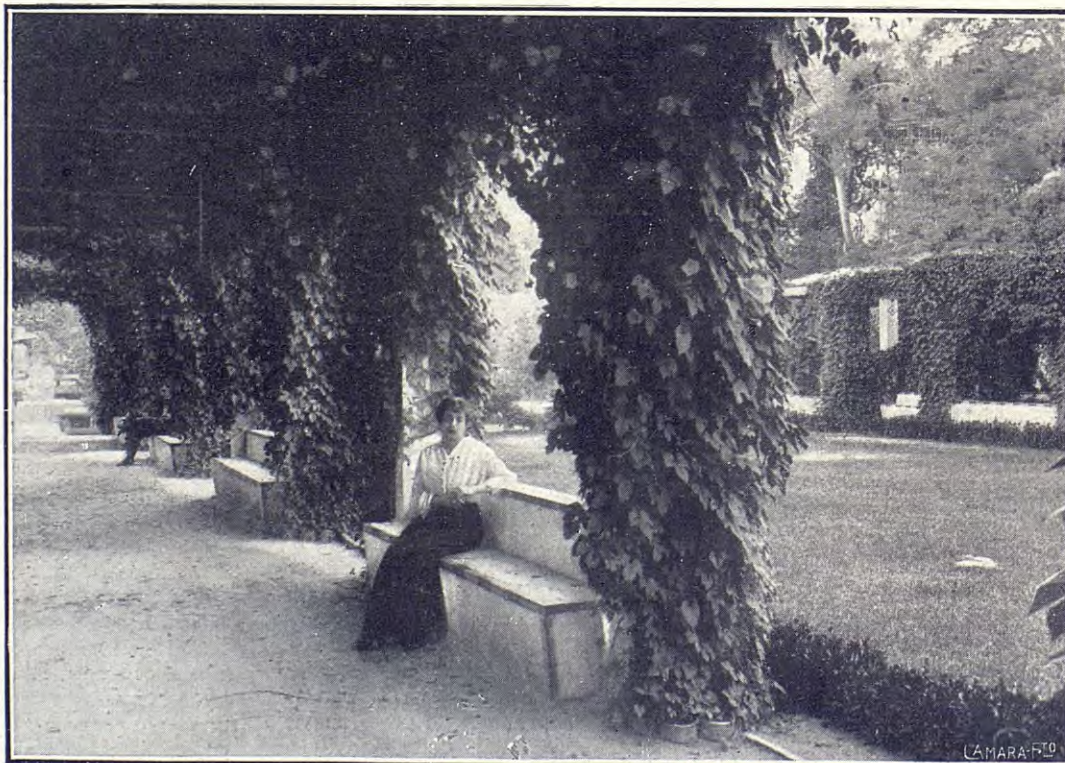
El parque de María Luisa, famoso en toda España, es como un pregón de las bellezas de Sevilla. Está instalado el espléndido parque en terrenos que pertenecieron al palacio de San Telmo, y siempre mereció la preferencia de los duques de Montpensier, que quisieron poseer un lugar de recreo para los ojos y de remanso para el espíritu, que pudiera igualarse en emplazamiento y en belleza a los mejores parques y jardines de Europa.

Los Duques invirtieron en el parque grandes sumas, reuniendo en él la mayor variedad de plantas y flores, las cuales, favorecidas por la fertilidad de la tierra y por la benignidad del ambiente, y ayudadas con un cultivo verdaderamente primoroso, crecieron y se multiplicaron con extraordinaria lozanía. Andando el tiempo, el parque fue cedido a la ciudad, y ésta le dispensa actualmente sus cariños y sus aficiones. Los sevillanos lo prefieren a los demás lugares de expansión y recreo al aire libre, y en los días primaverales y del otoño y en las noches plá-

cidas y estrelladas del estío lo eligen como paseo favorito. Esta preferencia la tuvo anteriormente el viejo parque de las Delicias; pero perdió el cetro cuando lo venció en poesía y en color, en opulencia y en esplendidez, el parque de María Luisa.

Las Delicias es ahora el lugar donde los niños juegan, bajo la vigilancia de la *miss*, ó retiro agradable de los viejos apegados a la tradición y al recuerdo, que añoran entre la fronda el tiempo que pasó. El otro parque, el que lleva el nombre de una dama augusta, es más ruidoso y más moderno. Quizá no tiene esa gentil aristocracia que los espíritus soñadores descubren en el silencio; pero su animación es en todo momento un canto a la vida.

Los forasteros que al llegar la primavera visitan Sevilla, no dejan de recorrer en todas direcciones el parque de María Luisa, para admirar sus floridos rincones y sus hermosas perspectivas. Es que el famoso parque es la mejor muestra de la prodigalidad de la Naturaleza en la capital andaluza.



Un paseo del parque de María Luisa, de Sevilla

CAMARA-FLO

NOTAS CIENTÍFICAS



El misterio de las pirámides

EL abate Th. Moreux ha resucitado, en su *Revista del Cielo*, el viejo tema. Para algunos, y entre ellos para el astrónomo inglés Smith, quien pasó en Egipto muchos años estudiando la gran pirámide *Cheops*, en ella dejaron los egipcios, monumental y simbólicamente cifrado, un saber de que no tenemos idea, ni aproximada siquiera.

Cierto es que con los números que miden las dimensiones y características de esta pirámide, hábilmente combinados, se obtienen cifras que creemos ha descubierto la ciencia moderna, y de cuyo descubrimiento nos mostramos muy ufanos ahora.

La suma de los lados de la base, por ejemplo, dividida por el doble de la altura de la Pirámide, da exactamente el número que en Geometría se designa con la letra griega π y que entra en innumerables cálculos.

La altura de la misma Pirámide, multiplicada por un millón, reproduce con pasmosa exactitud la distancia que nos separa del Sol, que suponemos desconocida de los antiguos.

La unidad de medida llamada codo egipcio, multiplicada por diez millones, muestra con la mayor exactitud el radio de la Tierra, tal como últimamente lo ha calculado y medido el geodesta Clarke.

Si la longitud de uno de los lados de la Gran Pirámide se divide por dicho codo egipcio, se

obtiene la duración exacta del año sidéreo, medida que presupone que para efectuarla debieron disponer de instrumentos de relativa precisión, desconocidos para nosotros.

La unidad cúbica usada por los egipcios, que pudiéramos llamar pulgada piramidal, hecha cien millones de veces mayor, es exactamente el recorrido en veinticuatro horas que hace la Tierra en su giro alrededor del Sol.

En otro orden de cosas, Smith hace constar que las dimensiones de un cofre, admirablemente tallado, que se encuentra en la antecámara llamada del Rey, son exactamente iguales a las que consigna la Biblia al Arca Santa construída por los hebreos.

Otra coincidencia muy extraña es la que se refiere a la orientación de la entrada a la Gran Pirámide. Esta orientación coincide con la estrella que en aquella época debió ser la más cercana al Polo del mundo, la Polar de entonces, pues si bien es verdad que las Pirámides se suponían construídas 4.000 años antes de Jesucristo, parece que no son tan viejas y fueron elevadas en el año 2170 antes de nuestra Era.

Relieves y toda clase de objetos de ornamentación encontrados en la Gran Pirámide muestran una diminuta y prolija labor.

Relacionado con esto, cuenta el abate Moreux que en su viaje a Sfax para observar uno de los últimos eclipses de Sol, quiso visitar el em-

plazamiento de la que fué rival de Roma, de la vieja Cartago.

Una miserable aldea acompaña a un convento de frailes, en la soledad de aquellos parajes abrasados por el Sol, que un día dió esplendor a las fiestas de los dueños del Mediterráneo.

En la visita al convento, uno de los frailes mostraba al abate un precioso camafeo, admirablemente adornado con diminuta labor, que procedía de una de las Pirámides.

De no presuponer una vista especial en los antiguos artífices egipcios, no podía comprenderse labor tan perfecta y diminuta. Así se lo expuso Moreux al fraile, quien por toda contestación salió del aposento, para volver a poco con una lente opalina, encontrada, según le dijo, en un sepulcro egipcio, donde con el tiempo y la acción de los agentes atmosféricos había perdido la antigua transparencia.

Si los egipcios conocían las lentes y de ellas se valían para el aumento de la visión, pudieron conocer los anteojos y verificar medidas de precisión y poseer una ciencia que por modo enigmático han immortalizado y escondido en sus grandiosos monumentos.

¿Nos envaneceremos, sin fundamento bastante, de la ciencia moderna, que, en parte por lo menos, no lo sería?

RIGEL

Avanzadas de la Moda

Páginas amenas de la Perfumería Floralia



HAY una ocasión en que la sencillez no está de «mise», no es permitida, y ello es en los trajes de noche. La sencillez, encanto de las «toilettes» de día, está abolida completamente en los trajes de baile. Entendamos naturalmente la sencillez, no la sobriedad de adornos que siempre está y con razón admitida. Una elegante verdaderamente refinada elegirá sus trajes de noche con luz artificial para evitarse desagradables sorpresas y desilusiones.

Hay morenas que teniendo en cuenta aquello de que «le jaune est le fard des brunes» eligen á la luz del día un traje color paja ó amarillo que haga resaltar su belleza, y en el baile, á la luz de los potentes focos se encuentran vestidas de blanco, atrevimiento que no dejan de comentar sus «amigas».

Así ocurre que deliciosos tonos melocotón, resultan de noche fresa; verdes que parecen azules descoloridos y otros muchos que pierden toda su brillantez y resultan «pasados».

Una tarea delicada es la elección de los escotes; no hablemos de las que tienen la suerte de estar en el justo medio y todas las formas les están bien, sino de las que necesitan disimular algún ligero «desdibujo».

La belleza necesita rodearse de misterio; á través de unos tules de ilusión (qué bien puesto tienen su nombre) la piel así velada será seguramente más tentadora que una espalda crudamente desnuda; el espíritu se deja más fácilmente subyugar por lo que



SUDORAL

Última creación de Floralia. Pida usted en perfumerías y farmacias el prospecto en que se detallan las condiciones de tan admirable desodorante

El Jabon
Floralia
del Campo, *que*
supera
al mejor extranjero
en
calidad
perfume
y precio.

OXENTHOL

Dentifrico admirable, á base de oxígeno. Unas gotas en un vaso de agua templada aseguran, al enjuagarse, dentadura sana y boca fresca y sonrosada

presente, por lo que adivina, que por la realidad. Dejar adivinar sin enseñar, es el arte de las verdaderas coquetas. Los trajes de baile para jovencitas tienen que ser elegidos con mucha delicadeza. Es de mal gusto recargarlos con detalles inútiles ó con adornos de valor. Una sencillez aparente, una coquetería sabiamente disimulada son necesarias para que resulten elegantes sin pretensiones. Los dos modelos dibujados en lo alto de la página reúnen las condiciones apetecidas.

El primero, enteramente de tul amarillo, no lleva más que una profusión de volantes y unos grupitos de flores colocadas aquí y allí. El segundo es de tafetán rosa y lleva dos incrustaciones de tul materialmente recubiertas por «ru-



ches» de cinta color rosa. La riqueza de estos vestidos está en la mano de obra.

Los otros modelos son para señora. El primero, de piel de seda verde, está adornado con encaje del mismo tono. La cola descende desde la espalda. De «charmeuse» azul es el segundo, adornado con encaje blanco y azul y un bordado impresionista azul y verde.

«Manteau» de brocado azul rey, con ligeros dibujos oro. Piel de «skungs» en el cuello y al borde recogiendo los vuelos.

Severo y elegante es el último modelo, negro completamente, adornado de una túnica y mangas perdidas de «chanilly». Bordeando la cola lleva un galón de azabache.

MAR DE MUN